
LOS
CONDENADOS
Isaac Morales Vargas
Sultana del Lago
EDITORES



EDITORES

Los condenados

Isaac Morales Vargas

Isaac Morales Vargas
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798328254052

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Prólogo

Si de algo es testimonio la metáfora del knock-out con la que el escritor Julio Cortázar caracteriza la recepción del cuento como contrapunto de la lectura de la novela, es que el escritor argentino no se enfoca en el texto literario en detrimento de la figura del autor, por lo que, buceando en las profundidades que ofrece su metáfora pugilística, cabe considerar el riguroso entrenamiento en el que el autor-luchador deja la piel antes de verse la cara con su contendiente.

Comienzo con esto último: algo cerca de diez años conocí a Isaac Morales en un taller literario en la Universidad Simón Bolívar, Sede del Litoral, y me consta que no ha venido dando golpes a ciegas ni al vacío, ni mucho menos ha desperdiciado su tiempo braceando con sombras, sino que ha obrado su arte por medio del ejercicio intenso y habitual. Me resulta gratificante leer que mucha de aquella experiencia ha sido volcada en las páginas que ha compuesto. A este respecto, el joven escritor Isaac Morales pasa a ocupar un lugar en una genealogía encabezada por el escritor chileno Roberto Bolaño, máximo artífice de obras en las que los talleres literarios son centros magnéticos, así como son nucleares las aventu-

ras y, sobre todo, las desdichas del escritor, tal y como lo ejemplifican prototípicamente Los detectives salvajes, La literatura nazi en América, Estrella distante, El espíritu de la ciencia ficción, y 2666, entre otras obras.

Por lo que atañe al efecto deletéreo que provoca el golpe certero del knock-out, para seguir agotando la metáfora boxística, Isaac Morales ostenta una imaginación rotunda, en amplia medida tendente a la rama fantástica. No en vano una de sus fuentes de influjo es Edgar Allan Poe. Además, la visión contenida en sus ficciones también puede convocar el absurdo. Por otro lado, los personajes que transitan por este volumen de cuentos oscilan entre lo salvaje y la ternura. Y, por tratarse de una serie de historias cuyo ecosistema es el taller de escritura, como ya quedó apuntado, la metaficción reverbera en varias de las piezas.

Quizá por las manidas fórmulas del cine sobre historias del boxeo, al paso de la década del 90 mi entusiasmo por ficciones relacionadas con el tema se había esfumado. Sin embargo, filmes del nuevo siglo, entre ellos Golpes del destino (2005), de Clint Eastwood, y El hombre cenicienta (2005), de Ron Howard, dimensionaban el boxeo a la luz de la vida. Apenas unos años después, me interesé por el estudio de las metáforas conceptuales, campo que me descubrió las co-

rrespondencias mediante las cuales concebimos la vida en términos boxísticos. De manera que un escritor, según bien lo supo Cortázar, se forja a pulso para contar los ires y venires de la existencia misma. Dicho esto, recibo con gusto este conjunto de cuentos de un joven escritor que, con el pasar del tiempo, entendió que quien se entrega a la escritura no tiene otro destino que pujar para cristalizar su arte, y que tirar la toalla nunca será una opción.

Maikel Ramírez

¡Se venden males a bajo costo!

A menudo pienso en el bureau d'Échange de Maux
y en el malvado viejo que había sentado en su interior.
Lord Dunsany, *El bureau d'Échange de Maux.*

Una tarde de hace varios años, mientras caminaba distraídamente por el bulevar de Sabana Grande, divisé en la vidriera de una tienda un cartel amarillo con letras rojas que decía lo siguiente:

«¡Se venden males a bajo costo!»

Naturalmente, creí que se trataba de una broma. Me acerqué a la fachada del comercio por pura ociosidad y entonces leí estas palabras manuscritas a bolígrafo en una hoja blanca, justo debajo del cartel amarillo:

«¡Ofertas especiales!
Crisis existencial: 100 Bs.
Demencia: 150 Bs.
Delirio de grandeza: 150 Bs.
¡Solo por hoy! ¡Aproveche!»

La pared de vidrio en la que estaban toscamente pegados los anuncios con cinta adhesiva era muy oscura (supuse que debido a un grueso revestimiento de papel ahumado). El local, por otra parte, no mostraba identificación por ningún lado. Medité unos instantes. Contemplé mi refle-

jo en el cristal central que constituía la puerta. Miré de reojo la zapatería y la farmacia contiguas, en donde las personas entraban y salían con toda normalidad. Humedecí mis labios con la lengua. Por último, sintiéndome incapaz de resistir la curiosidad por más tiempo, abrí la puerta y entré en la tienda.

El establecimiento era tan estrecho y sombrío como un pasillo de hospital moribundo. A mi izquierda, había una mujer elegante y muy bonita sentada detrás de un escritorio. Del otro lado, un viejecillo mugriento dormía acostado en una corta fila de asientos, ocupándolos todos. Mi primera reacción fue devolverme por donde había entrado, pero la chica enseguida me dijo con una sonrisa:

—Hola, buenas tardes. ¿Cuál de nuestras ofertas le interesa?

—Es que tengo una duda —me excusé, tras un breve silencio—. ¿Se pueden comprar desdichas para otra persona?

—¡No, para nada! —exclamó la mujer, espantada—. Todos nuestros productos son de uso exclusivamente personal.

—Muy bien —dije, algo avergonzado—, pues me gustaría ver el catálogo completo.

—Claro que sí —repuso, sacando un libro gordo de una gaveta del escritorio—. Aquí lo tiene.

Recibí el ejemplar y de inmediato empecé a hojearlo, sin reparar en su portada. Contenía una sola y larguísima lista de todo tipo de aflicciones, con indicaciones de precios y ordenadas de menor a mayor según su grado de peligrosidad, desde las más insignificantes como el miedo a los aviones o ligeras pesadillas, hasta otras más lamentables como manía persecutoria o incapacidad para amar. Medité un momento y le planteé a la vendedora lo que me pareció más sensato:

—Dígame algo, ¿esta tienda también compra mercancías? Tengo unos cuantos achaques que me gustaría venderles.

—No estamos comprando nada por el momento—respondió ella con expresión compasiva, aunque quitándome el libro de las manos—. Como habrá notado, nuestro inventario está muy bien surtido.

—Lo que sucede es que no tengo dinero ni para comprarme un dolor de cabeza.

—Bueno, si lo desea, puede cambiar un mal por otro —me aconsejó—. La empresa no ofrece garantía en tales casos, pero nuestro interés es que ningún cliente se vaya con las manos vacías.

—Me gusta la idea —confesé.

—Baje por esa escalera —me indicó, señalando con el dedo en dirección opuesta a la entrada del recinto.

—Muchas gracias.

Caminé hacia donde me indicaron, atravesando el

velo de luz que colgaba del bombillo gris en el techo, y descendí una escalerita que comunicaba la recepción con una suerte de oficina abandonada. En ella no había mobiliario alguno, salvo un tubo de iluminación opaca instalado en una techumbre rústica. Entré y di varios pasos en cualquier dirección. Pensaba quedarme allí unos minutos, solo por hacer tiempo y para no parecerle odioso a la vendedora, cuando de pronto ingresó la última persona que esperaba ver en este mundo... ¡Apenas podía creerlo! ¡Era él! ¡Era el envidiado, el detestado, el insoportablemente exitoso escribidor Pablo Cabello!

Ambos nos acercamos a la luz y nos miramos fijamente unos segundos, al parecer, igual de perplejos. Observé su cabeza pelada y su insoportable barbita gris en forma de candado hasta que no pude contenerme más y exclamé:

—¡Qué afortunado soy! ¡Tengo el honor de ver en persona al genio de las letras!

—Mucho gusto —respondió cortésmente, tras mirarme con gravedad unos instantes—. ¿Y usted es…?

—¿Qué le importa mi nombre? —repliqué—. ¿Por qué el gran Pablo Cabello se interesaría en un escritor fracasado como yo?

—¿Así que usted también es escritor?

—Corrijo: *yo sí soy escritor* —repuse, arrastrando

las palabras—, mientras que usted no es más que un *escribidor*, un aficionado a publicar tonterías y que gana mucho dinero con ello. Esa es la gran diferencia entre usted y yo.

—Bueno —dijo él, con una sonrisa algo insegura—, si quieres, podemos cambiar de oficio. Te aseguro que no te faltará dinero, fama, ni lectores.

Me quedé atónito. Procuré razonar alguna respuesta ingeniosa, pero me di cuenta de que el tipo hablaba en serio. Intentando parecer perspicaz, le dije:

—Y si tu ocupación es tan maravillosa, ¿por qué quieres cambiarla?

—Porque me siento vacío —respondió, bajando la mirada—. A estas alturas, siendo el autor con más libros vendidos en todos los idiomas, ya no me interesa la fama. Solo quiero hacer verdadera literatura. Daría de buena gana todo lo que tengo por poder escribir un solo texto valioso, aunque sea un *haiku*.

Entonces pensé en un agradable poema de tres versos que yo había compuesto mentalmente en mi niñez. Hasta donde sabía, su forma no se correspondía con ninguna especie poética conocida, razón por la que jamás me había atrevido a escribirlo. Además, ¿quién iba a interesarse en leerlo? De todos modos, me lo sabía de memoria, pues solía recitarlo en voz muy baja cada vez que me encontraba solo y desocupado.

—La verdad es que ya he escrito tantos buenos textos, que ahora quisiera hacer algo distinto —dije—. ¿Por qué no hacemos el cambio? Cada uno tiene lo que el otro busca.
—Es un trato —me dijo, extendiéndome su mano—. Te estaré enormemente agradecido.
—No es gran cosa —repuse, correspondiendo el gesto—. Espero que disfrutes tu nueva suerte.
—Lo mismo digo—murmuró, y abandonó el lugar a toda prisa.
Durante la noche, estando ya en casa y todavía divertido por las bromas de la tarde, me situé frente a mi laptop dispuesto, por primera vez, a escribir mi secreto poema. Pero no logré recordarlo. Mis manos, por otra parte, se paralizaron sobre el teclado. Aunque los llamados «bloqueos de escritores» son frecuentes en el oficio, la verdad es que no me había acontecido nada parecido hasta entonces, pues al mismo tiempo empecé a sentirme excitado por querer escribir algo diferente, por olvidarme de la poesía y de todo mi aprendizaje literario, y contar la historia de un hombre a quien el universo le concede un deseo. Creí que enloquecería pronto si no desahogaba aquella idea. Fue así como, víctima de una hipnosis febril, escribí en menos de una semana la novela *El alambrista, historia de un pastor que soñaba con fabricar alambres*. Poco después, la envié a una editorial

grande que la publicó en cuestión de días. Ese fue mi primer *bestseller*.

En pocos meses, mi vida cambió por completo. Me habitué a ver mi rostro a diario en los medios de comunicación. Ofrecía entrevistas todas las semanas a distintos canales de televisión y emisoras radiales. Cualquier cosa que yo dijese pronto se volvía una cita célebre y se hacía viral por las redes sociales. Proliferaban los memes en los que yo aparecía haciendo alguna morisqueta, y continuamente recibía correos electrónicos de mis fanáticos pidiéndome consejos sobre cómo alcanzar sus sueños. Y en lo que respecta a la escritura, apenas puedo expresar lo natural que era: para mi segundo libro (pues debo considerar *El alambrista* como el primero; mis tres silenciosos poemarios iniciales ya no cuentan), escribí una secuela en la cual el universo le concede un deseo al hijo del protagonista anterior. El éxito fue todavía mayor. En cosa de un mes, vendí los derechos de autor para que se realizaran las respectivas adaptaciones cinematográficas en Hollywood. Por aquellos mismos días, algunas ONG europeas me propusieron como candidato al Premio Nobel de la Paz.

Toda aquella fama y éxito editorial se traducían, desde luego, en una existencia bastante cómoda y placentera para mí: finanzas prósperas, buena estimación de mi público, libertad absoluta para

viajar alrededor del mundo… Sin embargo, debo confesar que lo inusitado de la situación no dejaba de producirme un cierto malestar, un vértigo del que no podía ni quería zafarme. Yo había luchado toda mi vida por ser un excelente poeta, pero ahora me acercaba a mis sesenta años y no quería terminar mi carrera de escritor como un derrotado más. Claro que era consciente de que me había vuelto un impostor, un fabricante de estupideces lucrativas, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si mi destino era ser un mal escritor, al menos lo sería rico y famoso. A veces, pienso que por haber abrigado tales ideas fue que, de súbito, encontrándome en la cúspide de la gloria, mi buena fortuna se vino abajo.

El día en que cumplía tres años de haber visitado la tienda de males, mi agente literaria me telefoneó suplicándome que escribiera algún texto magistral e innovador si no quería que nos viéramos en la ruina. Le pedí una explicación y me contestó que mis libros, objetos hasta entonces de ventas ininterrumpidas, habían dejado de interesarle al público esa misma mañana, y que seguramente jamás volverían a venderse. De hecho, ningún otro autor de literatura comercial vendió un solo ejemplar aquél infausto día.

—Lo que sucede es que hay una revolución literaria que tiene a los lectores latinoamericanos

eufóricos —oí que decía la vocecita de mi agente a través del celular.

—¿Así que al fin se está haciendo realidad el tan esperado «Segundo boom» de la novela hispanoamericana? —le pregunté.

—No es un fenómeno narrativo, sino poético —aclaró ella—. Lo más raro es que toda la conmoción la ha causado un solo autor con un único texto.

—Pero eso no es tan raro —repuse—. Un solo libro es suficiente para…

—No he dicho un solo libro, sino *un único texto* —me interrumpió, alzando la voz al pronunciar las tres últimas palabras—. Es decir, un solo poema.

—¿Será un poema narrativo, de unas cien páginas?

—¡No, chico! —exclamó—. Es apenas un poemita de tres versos, sin título, del infame Pablo Cabello…

Solté sin querer el celular. El aparato cayó al suelo y se destrozó con estrépito, pero no me importó en lo más mínimo. Dado que yo estaba sentado frente a mi laptop, enseguida abrí el explorador de internet y tecleé el nombre del desgraciado. Hice clic en el primer enlace sugerido por el buscador, que dirigía a su página web oficial. Empecé a ojearla. Vi las imágenes que mostraban al hombre escribiendo en un cuarto muy modesto, ignoré su reseña biográfica y entonces leí su obra maestra, verso a verso y palabra por palabra: era

el poema que yo había compuesto mentalmente en mi infancia.

Me sentí defraudado. Medité unos instantes sobre cómo actuar. Varias posibilidades se cruzaron por mi cabeza, incluyendo la de demandar a la tienda de males ante el Organismo de Protección al Consumidor, bajo el cargo de estafa, pero luego recordé que el negocio no se hacía responsable por los intercambios entre clientes. Viéndome casi totalmente desarmado, recurrí a la pluma, y en dos meses escribí mi tercera novela, titulada *A orillas del río seco me acosté y lo abracé*, cuyo tema es la predestinación. La publiqué con la esperanza de que Pablo la leyera, comprendiera su significado y, por último, me devolviera mi suerte de buen escritor anónimo. Pero eso jamás ocurrió. El libro, por otra parte, fue un fracaso de ventas.

Amargado por el reciente triunfo de Pablo Cabello frente a mi desdicha personal, ya ni siquiera podía estar a solas con mis pensamientos, de modo que una mañana salí precipitadamente de mi casa y anduve de nuevo por el bulevar de Sabana Grande, como hago siempre que quiero calmar mis nervios viendo pasar mujeres bellas. Entonces noté que mi librería favorita (especializada en obras de ficción) estaba cerrada. Sin embargo, pude ver a través de la puerta de vidrio a un joven librero que desempolvaba los anaqueles vacíos. Sorprendido, toqué tres veces y el muchacho se acercó.

—Sí, qué desea —preguntó, empujando la puerta con cuidado.
—¿Están haciendo mantenimiento?
—No, jefe —respondió, abriendo mucho los ojos. Acaso me habrá reconocido—. Hemos clausurado. Ya nadie quiere comprar libros.
—¿Y eso por qué?
—La literatura ha cambiado —argumentó, con cierto aire de superioridad—. Los tiempos en que se escribían volúmenes de quinientas páginas quedaron atrás. Ahora, lo más razonable es publicar textos de una cuartilla o menos, y esos se pueden descargar gratis por internet.
—¿De verdad? ¿Tan radicales son los cambios ahora?
—Veo que usted está un poco desactualizado —se atrevió a comentar, con una risita—. Pero no se preocupe, bastará con que lea el poema de Pablo Cabello. Hoy en día, todos quieren emularlo… Usted es escritor, ¿verdad?
En ese momento, un rumor se deslizó con celeridad por entre los transeúntes y estalló de pronto en un sonoro clamor general, como una llama que recorre un rastro de pólvora hasta explotar inexorablemente en una montaña de dinamita. La gente empezó a correr hacia Chacaíto. Yo me alejé de la librería sin decir palabra y seguí a la muchedumbre. Un sudor frío, como de hielo derretido, empezó a

brotar de mi frente. Un hormigueo voluptuoso me invadió los pies y las manos. Sentía que los ojos se me iban a reventar dentro de sus cuencas. Crucé la calle San Gerónimo y avancé por la siguiente cuadra. Resolví, mientras caminaba intentando respirar con regularidad, que ubicaría a Pablo Cabello y desharía el intercambio de males, pero mi mente se distrajo al llegar a la esquina de la calle El Recreo: el tránsito estaba bloqueado por un cerco policial que la multitud intentaba romper; varios fotógrafos pugnaban por conseguir la mejor instantánea de algo o de alguien que estaba en medio de la calle, unos metros más abajo, hacia la Avenida Casanova.

No tuve que ver el cadáver para enterarme de lo ocurrido: Pablo Cabello, el exitoso escribidor, el supuesto creador del poema revolucionario por antonomasia, se había suicidado arrojándose por el balcón de su apartamento, ubicado en el octavo piso del edificio *Sísifo*, de la calle El Recreo. Enseguida se supo que había garabateado la siguiente nota en un cuaderno poco antes de acabar con su vida: "Jamás seré un buen escritor. Mi único texto valioso no es mío".

Confieso que muchas veces había imaginado con gusto diversas muertes para el pobre Pablo, pero aquello me turbó mucho. Creyéndome ya a punto de caer desmayado, me deslicé por entre el gentío

y seguí avanzando por el paseo hacia la tienda de males. Estaba aturdido, conmocionado. No obstante, me sentía dispuesto a cambiar todas mis amarguras juntas por la peste de la mediocridad, por la felicidad de volver a ser un don nadie. Así, sin darme cuenta, pasé de largo frente al comercio. Al llegar a la calle Los Apamates, me devolví y caminé otra vez la cuadra, y volví a pasar de largo. Fue solo cuando recorrí el mismo segmento del bulevar por tercera vez, lenta y atentamente, contemplando cierta zapatería y cierta farmacia una junto a la otra, que comprendí que la tienda de males había desaparecido.

Un cuentista maldito

I

El día en que se imprimió mi primer libro, me llevé la decepción más grande de mi vida, pues la persona a quien le ofrecí un ejemplar de cortesía lo rechazó de plano, diciendo:

—Ya he leído esa obra y sé que es muy fantasiosa. Lo siento, pero no me interesa releerla.

—Imposible —repuse, sonriendo—. ¿Cómo puedes haberla leído si no se ha publicado?

—Porque es un plagio —respondió con calma—. Te digo que ya conozco el original.

—¿¡Un plagio!? —estallé—. ¿¡De dónde sacas eso!?

—Mira, pajarito, no pienso perder el tiempo discutiendo contigo —replicó—. Te voy a demostrar que eres un fraude.

Hablábamos en la Sala de Lectura Paula Correa, del Parque Ezequiel Zamora, en Caracas. Mi interlocutor (cuyo nombre todavía desconozco) era el bibliotecario del recinto. Aunque miope, era el lector más avezado que conocía. Me dejó de pie entre las mesas y se fue a hurgar las estanterías. Entonces observé, como por primera vez, el volumen que tenía en mi mano. La cubierta era de uniforme color negro y la portada rezaba en letras doradas: «*Relatos Sagrados*, Marcelo Franco».

Era una edición en cuarto menor.
—¡Qué raro! ¡El título que busco no aparece por ninguna parte! —exclamó el bibliotecario, después de unos veinte minutos de búsqueda febril—. ¡Pero esto será suficiente, ja, ja! —añadió, entregándome un grueso libro—. ¡Página 242! ¡Que tengas buen día!
Miré el ejemplar con recelo. Era el cuarto tomo de la *Historia de la Literatura Universal*, de José María Valverde. Dicha parte de la obra, como es bien conocido, versa sobre la literatura hispanoamericana. Ubiqué la página indicada y leí el primer párrafo, que decía lo siguiente:
«Un caso excepcional en la producción de la primera década del siglo XX es el libro de cuentos *Relatos Sagrados* (1905), del mexicano Juan José Aranda. Las veinte narraciones allí contenidas son adaptaciones libres de varios mitos del Antiguo Testamento, en las cuales el autor procura hacer del poder de Yavé un mero artificio de alquimistas hebreos, pasar de lo milagroso a la astucia humana».
Esas palabras describían mi propuesta literaria a la perfección. El parágrafo siguiente trataba de otros autores. Humedecí mis labios con la lengua y examiné las páginas previas y las sucesivas. No hallé mención adicional del tal Juan José Aranda ni de ningún otro de sus trabajos. Comprendien-

do que sería inútil escudriñar los tomos restantes, cerré el volumen. Caminé hasta la oficina del bibliotecario y se lo devolví con la mirada baja.
—No sé qué decirte —musité—. En mi vida había oído hablar del escritor mexicano.
—Tranquilo —me dijo, con desdén—; no eres el primer plagiario en ser descubierto.
Abandoné la sala de lectura en silencio, sumiéndome cada vez más en la melancolía. Afuera, el sol refulgía con fuerza, iluminando la ciudad e imprimiéndole un aspecto limpio y demasiado definido. Avancé hasta el busto de Cervantes erigido en la plaza homónima y lo contemplé unos minutos. Justamente el manco de Lepanto, a través de sus *Novelas Ejemplares*, había sido mi principal fuente de inspiración: con sus narraciones a la vista, yo había concebido los *Relatos Sagrados*, cuento por cuento, párrafo por párrafo, línea por línea; los mitos bíblicos eran cómodas metáforas de las que me había servido para expresar ideas, nada más. ¿Acaso era posible que, unos cien años antes, otro cuentista hubiese producido *exactamente* la misma escritura que yo? ¿Acaso el novel Marcelo Franco, aspirante a discípulo cervantino, no era más que el remedo de Juan José Aranda? La sola consideración de esa posibilidad me sorprendió, pero enseguida la sorpresa dio paso al desaliento y el desaliento a la ira.

Decidí encontrar la obra de mi enemigo, costara lo que costase. Entonces pensé que las bibliotecas poco concurridas suelen ser depósitos de insospechados tesoros intelectuales. Salí del parque, caminé hasta la Avenida Oeste 6 y tomé una camionetica con destino Sierra Maestra: iría a la Biblioteca Pública Cristo Rey, en el 23 de Enero.
Mientras iba en camino, ensimismado por completo, me pregunté mentalmente: «¿Quién soy?», y luego respondí en voz baja, como para reafirmar una verdad: «Soy Marcelo Franco, escritor venezolano, anticristiano militante desde hace un año, solitario por vocación…». Ignoro si hubo poco tráfico aquel día o si mi percepción del tiempo se vio modificada por la emoción que me dominaba. Lo cierto es que el término del viaje llegó como un súbito despertar.
La desolación imperante en los alrededores de la biblioteca era casi la misma del interior, en donde yo era el único visitante. Solicité lo que buscaba a la bibliotecaria, quien, sentada a su escritorio, hablaba animadamente por teléfono. Ella, sin mirarme ni interrumpir su conversación, señaló con el dedo el último anaquel de la sala.
Incapaz de resistirme, corrí a donde me indicaron y empecé a examinar los volúmenes. Eran heterogéneos y dispares: recetarios de cocina, atlas, manuales de mecánica automotriz… Y entonces

vi uno de cubierta negra, en cuarto menor, con caracteres dorados en el lomo (creo que gemí de exaltación). Intenté serenarme, hasta que, por fin, me atreví a leer la portada: «*Relatos sagrados*, Juan José Aranda».

Era una impresión venezolana de 1909 y, por lo tanto, de editorial clandestina; el general Gómez no había tolerado que se atentase contra la fe cristiana en su territorio. Leí el índice y me quedé sin aliento: los títulos de las veinte historias eran los mismos de mis veinte cuentos, y estaban dispuestos en idéntico orden. Por último, aun estando de pie, leí el ejemplar entero de un tirón: ni una coma ni una tilde diferían de mi escritura. Tras finalizar la lectura, perdí el conocimiento.

II

Seis meses después, mi orgullo seguía ardientemente herido. La frustración era el resultado de tanto pensar en ambos *Relatos Sagrados*. Cuando compuse los míos, había creído que el acto de conjugar un modelo clásico (las *Novelas Ejemplares*) con una vivencia personal (mi reciente paso de la fe católica al ateísmo) produciría una obra única. No obstante, estaba errado. Traducir experiencias en símbolos es un derecho de cualquier artista y, aunque muy improbable, no es imposible que dos creadores coincidan a cabalidad en

sus producciones. Pensar en la fortuita paternidad conjunta de Leibniz y Newton del cálculo infinitesimal contribuyó mucho a que me sintiera mejor. Sin embargo, ya no estaba dispuesto a permitir que otro plagio involuntario se repitiera. En la escritura de mi segundo título, modifiqué el método creativo: partiendo de otro modelo clásico (*El Decamerón*, de Boccaccio), escribí una serie de relatos imaginativos. Lo titulé *Nueve noches santas* y su elaboración exigió tres años de dedicación exclusiva.

La trama general era esta: nueve adolescentes (seis señoritas y tres muchachos) concurren en una casa en la que se hará un novenario. La difunta es una abuela que ha muerto en un accidente y cuyos restos, irreconocibles, han sido cremados. Mientras los padres rezan, los jóvenes se reúnen en una habitación para entretenerse contándose cuentos eróticos. Por la noche, después de que cada narrador ha relatado una historia, sobrevienen los inevitables encuentros sexuales. Durante la novena jornada, tras consumarse la última orgía, alguien llama vehementemente a la puerta de la casa. Al abrirse esta, todos se llevan una gran sorpresa: en la calle, vestida con ropa de playa, se encuentra de pie la abuela por cuya alma se había rezado tanto. «¡Yo no estaba muerta; estaba de parranda! ¡Ja, ja, ja!», exclama la anciana sin

pudor. La historia marco, por cierto, tiene como telón de fondo el pueblo de La Sabana, estado Vargas. Ese detalle, pensaba yo, excluía toda posibilidad de correspondencia con cualquier escrito del deleznable Aranda. Confiado, envié el manuscrito a mi editor.

Nueve noches santas se publicó meses después, sin pena ni gloria. A la semana de su discreto bautizo, volví a la Sala de Lectura Paula Correa con la sola intención de confrontar al bibliotecario y echarle en cara mi originalidad artística: la dignidad del fabulador Marcelo Franco debía ser restaurada.

Llegué a eso de las dos de la tarde. Atravesé el umbral sin pronunciar palabra, caminé hasta la mesa del centro, junto a la que el hombre estaba sentado, y le ofrecí la edición sonriendo discretamente. Él la tomó en silencio y empezó a leerla, primero con indiferencia, después con una sonrisa que fue ensanchándose más y más hasta explotar en intolerables carcajadas. Se levantó y cogió un ejemplar de la estantería más cercana. Me lo entregó sin dejar de dar risotadas.

—¿Te burlas de algo en particular? —pregunté.

—¿Y eso qué te importa? ¡Ja, ja, ja! —repuso—. ¡Anda, lee lo que acabo de darte! ¡Ja, ja, ja!

No sé cómo expresar la sensación que me invadió al leer las siguientes palabras en la portada del maldito objeto que tenía en mis manos: «*Nueve*

noches santas, Juan José Aranda». La contraportada incluía una nota biográfica:

«Juan José Aranda (Zapotlán el Grande, Jalisco, 1878). Narrador mexicano. Ha publicado *Relatos sagrados* (1905). *Nueve noches santas*, inspirado en su estadía de cinco meses en Venezuela, es su segundo libro».

No decía nada más, no había ni siquiera una foto que le diera rostro al misterioso autor. Interrogué el volumen con la esperanza de hallar más datos sobre la publicación. Era una edición hondureña de 1911, en cuarto menor, pero el nombre de la editorial estaba desfigurado por el tiempo. Leí todos los cuentos, uno tras otro, cuidadosamente: eran idénticos a mis últimas narraciones.

—¡Este malnacido es un impostor! —grité, tirando el libro al suelo—. ¡Yo tuve la idea primero!

—¡Pero si hace cien años que Aranda se te adelantó! —protestó el bibliotecario.

—¿Acaso no sabes que el tiempo en la literatura es retroactivo? —vociferé, caminando rápidamente hacia la salida—. ¿No sabes, imbécil, que un autor posterior puede influir en uno anterior, que un escritor del siglo XXI puede engendrar a otro del siglo XX o del XIX?

—¡Marcelo, por el amor de Dios, ve al psicólogo! —suplicó él—. ¡O tómate unas vacaciones, en serio!

Empecé a reírme roncamente mientras abandonaba el odioso edificio. El cielo oscurecía sobre el parque. Bajo las primeras estrellas de la noche, yo tenía un aspecto fantasmal. Seguí riéndome y poco a poco, con una lacerante suavidad, mi risa se transformó en un llanto silente y cálido; haber emprendido dos proyectos con esfuerzo, tenacidad y fe en mí mismo, para terminar siendo un tautólogo profesional, era la maldición más dolorosa de este planeta. ¡Ya no sabía qué hacer! De hecho, me hallaba en tal estado de inercia mental, que, al llegar a El Calvario, resbalé en el primer escalón y estuve a punto de rodar escaleras abajo.

III

Durante las siguientes semanas, mis ojos se consumieron frente a la computadora buscando información adicional sobre Aranda. Fracasé espectacularmente. Confieso, por otra parte, que no quise recorrer bibliotecas porque tal cosa me parecía una práctica bastante laboriosa y anticuada. Además, sabía que el narrador jalisciense era casi un anónimo, pues no figuraba en una sola antología de cuento mexicano que yo hubiera leído; empecé a creer que era mi doble demoníaco, una suerte de *alter ego* implacable con la misión de anularme. Aunque saber de su existencia, por otra parte, originó la última obra que logré escri-

bir: *Los condenados*. Comprendía siete fantásticas narraciones cuyo tema era la soledad; ya no podía crear a partir de ninguna otra materia.

Jamás me había sentido tan solo. Ahora sabía que yo era el único escritor del mundo condenado a repetir palabras ajenas. Como consecuencia, dejaron de importarme las anticipaciones de Aranda; me era indiferente si el bibliotecario o alguien más se burlaban de mis páginas. Lo único realmente valioso era que cada frase, cada palabra, condensaba lo mejor de mí. La originalidad de la obra no residía en los textos, sino en su proceso de construcción. Por lo demás, lo mismo da que un escritor menor sea genuino o paródico, prolífico o infecundo: si carece de la capacidad poética, digamos, de Dante o de Shakespeare, la historia literaria terminará aniquilándolo sin piedad. Solo cuando tuve el valor de reconocerme en esa verdad, engrapé el legajo que era el manuscrito de *Los condenados* y me dirigí al basurero aledaño a casa.

El «callejón de las chatarras», como lo llamábamos en el barrio, estaba desierto y, extrañamente, limpio. El único objeto que había allí era un oxidado contenedor de basura. Visto desde lejos, parecía estar rebosante de múltiples desechos, pero cuando estuve bastante cerca, noté algo insólito: contenía solo libros.

Había cientos de volúmenes, grandes y pequeños, nuevos y viejos, algunos sin cubierta, manchados... Nada más que para saciar mi curiosidad, ojeé varios de ellos: *La llamada de Cthulhu*, de Lovecraft (conté 37 unidades); *Aventuras de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle (por docenas); las novelas de Agatha Christie eran el arsenal más importante, constituyendo no menos de dos tercios del total. Y entonces, casualmente, lo vi: «*Cuentos completos*, Juan José Aranda».

Cogí el ejemplar con previo gozo, sin atender ya a los detalles de la edición. Leí el índice y encontré lo que esperaba. *Los condenados* (1919) era el último trabajo del autor. Comprobé su exactitud con respecto al mío y sonreí complacido. Saqué el manuscrito de un bolsillo interior de mi chaqueta y lo arrojé con alegría dentro del contenedor. Cuando estaba a punto de hacer lo propio con el libro del mexicano, bajo la escasa luz del crepúsculo, mi vista se topó con la siguiente nota manuscrita en la última página:

«¡Me duele reconocer que estos textos solo son plagios al escritor español Gustavo Adolfo Barco, muerto durante la Primera Guerra Carlista! ¡Soy un pinche farsante…!».

La satisfacción que experimenté en ese momento fue tan honda y plena que grité con violencia. Después, le prendí fuego a la copia arandina y

la eché en el contenedor. A los pocos minutos, el esplendor de la hoguera trazaba velos claros bajo el cielo nocturno. El silencio y las crepitaciones de las llamas nacían y morían rítmicamente, como una música ritual.

Definitivamente, no soy único. No he sido el primer autor sujeto a la maldición del plagio. Si en el futuro algún escritor llega a componer, digamos, *Los condenados*, y comete la ingenuidad de firmarlo con su propio nombre, desde ahora tiene ganado mi perdón. Más que duplicar lo que he escrito, él se estará injertando en una tradición literaria cuyos miembros están atados a un invariable e inexorable destino: escribir el mismo libro.

Fama suicida

Comenzaré diciendo que soy un escritor anónimo, pero no por falta de publicación, pues ya he dado a la imprenta doce libros de cuentos y una novela corta. Vale señalar que todos los volúmenes han aparecido en editoriales pequeñas, la mayoría artesanales, varias de ellas extintas al momento. Mas lo realmente importante es que nadie —compréndase el contundente significado de esta palabra: nadie— me ha leído. Esa es la implacable verdad. Llegar a los cincuenta años con un récord semejante es una hazaña nada envidiable, lo sé. Sucede, sin embargo, que soy un artífice del verbo, de modo que mi consciencia se halla desbordada por la siguiente convicción: que seré leído y reconocido en todo el globo, después de mi muerte. La historia de la literatura testimonia casos similares. ¿Por qué yo no podría ser un genio de vida invisible y gloria póstuma? ¿Por qué mi nombre, Benito Calderón, no podría ser análogo, en el futuro, al de Edgar Allan Poe o al de Franz Kafka?

Durante años, este asunto me mantuvo insomne, dominado por una suerte de paroxismo contenido, y yo deseaba poder desdoblarme, al menos una vez, en la realidad, de manera que un Benito

Calderón finalmente muriese, tan solo para que el otro Benito Calderón, el superviviente, gozara de la fama *post mortem* de aquél. ¡Oh, sí! ¡Cuántas veces saboreé esa fantasía, solución imposible de mi angustia existencial! No obstante, era un hábito malsano, conducente a frecuentes ataques de melancolía y a una intolerable sensación de frustración. Comenzaba a abrazar mi destino de ser el protagonista de una biografía enteramente gris cuando, de forma imperceptible, suave y súbita como el encenderse de una vela, la idea surgió en mi mente: fingir mi autoaniquilación.

La sola noción de un suicidio simulado me pareció tan adecuada a mi propósito que, en cuestión de días, concebí un sencillo plan que me permitió desarrollarla en su totalidad. Al cabo de tres años, estuve listo para enfrentarme al instante decisivo. Recuerdo que era sábado. Serían las once y media de la noche cuando abandoné mi apartamento en Caracas, abordé mi jeep y me dirigí a La Guaira por la Carretera Vieja. Confieso que iba muy nervioso por el camino, tanto por las innumerables curvas cerradas que todos conocemos, como por el riesgo de ser asaltado antes de llegar a mi destino. Veía las casas amontonadas a uno y otro lado de la vía y, de vez en cuando, veía también los espacios baldíos como telones negros, apenas distinguibles del cielo nocturno por la ausencia de estre-

llas. Avancé durante diez, quince, veinte minutos. Casi no había tránsito de vehículos aquella noche. Entonces llegué a esa parte de la calzada al borde de la cual solo hay una extensión de tierra que se va haciendo cada vez más honda conforme uno desciende hacia el litoral, con árboles desperdigados en su superficie. Me detuve, cerciorándome de que estaba solo. Bajé del todoterreno con un bidón de gasolina destapado entre brazos y comencé a derramar su contenido sobre el capó. Cuando hube vaciado el envase hasta la mitad, me apliqué a terminar de bañar el exterior del vehículo, todo con una rapidez insólita, hasta que ya no hubo más líquido que verter. Giré el rústico en la dirección apropiada, lo hice acelerar y salí de él arrojándome al suelo, mientras aquél se precipitaba pendiente abajo; a los pocos segundos, lo escuché estrellarse contra algún árbol; instantes después, estallaba en grandes llamaradas.

Volví a la carretera (donde una moto que pasaba por poco me arrolla), la crucé y me interné en las faldas del Ávila. La negrura era total en aquella parte del cerro. Previendo esa situación, yo había guardado mi linterna en un koala que llevaba puesto. La saqué y la encendí, iluminando puntualmente el sendero que conocía muy bien. Paso a paso, fui ascendiendo, flanqueado por densas marañas de sombras. Hacía una brisa

fría. El canto de los grillos, como siempre, animaba mi caminar. Todavía no salía del asombro que me producía mi propio atrevimiento. «¡Estás loco, Calderón!», murmuré, entre risas, aunque yo sabía que mi locura había de ser aún mayor.

Fue una caminata larga. Al amanecer avisté mi refugio, medio escondido entre los árboles. Era un rancho de unos diez metros cuadrados. Examiné su aspecto. Todo parecía estar bien: sus paredes de latón, su techo de zinc, su puerta de tabla. Entré y encendí la luz. El bombillo incandescente colgado de la techumbre pintaba de amarillo traslúcido todos los objetos: el colchón individual en una esquina, la cocinilla eléctrica en otra, enlatados aquí, envases de arroz sin cocer allá, y algunos otros enseres y víveres que yo había ido introduciendo a lo largo de tres años. «Sí», pensé, «acondicioné bien este lugar. Puedo vivir sin alejarme de aquí durante un año, al menos. Luego, veré cómo me las arreglo para sobrevivir». Apagué la luz, caminé hasta el colchón y me acosté. Dormí hasta la mañana siguiente.

Desperté tranquilo, impasible. Lo primero que hice fue sacar el teléfono del koala, que había situado a un lado, en el suelo terroso, y lo encendí. Activé los datos móviles y empecé a navegar por internet. Me puse a ver los titulares de las noticias en el buscador web sin prestar mucha atención,

hasta que encontré uno que rezaba: «¿Muere escritor en extrañas circunstancias?». Emocionado, abrí el hipervínculo y leí el artículo. Trataba de mi maniobra, en efecto. Esta no había salido tan mal, pues se decía que «...la combustión consecuente al accidente fue de tal magnitud, que habría consumido por completo un cuerpo humano, el del piloto. Se descarta la presencia de acompañantes o mascotas. A pesar de ello, las autoridades consideran la posibilidad de que el responsable haya conseguido sobrevivir escapando momentos antes del impacto, razón por la que se han iniciado labores de búsqueda en la zona. Por otra parte, se logró identificar el vehículo hace apenas unas horas: pertenecía al escritor Benito Calderón...». Adjunta al texto, se mostraba una fotografía de mi jeep totalmente calcinado. «¡Vamos!», pensé. «¡Cómanse mi cuento!».

Seguí explorando y encontré otra noticia, titulada: «El suicidio infernal de Benito Calderón». En la redacción respectiva, se informaba que el cuentista y novelista había bañado el todoterreno en gasolina antes de la explosión, y se afirmaba categóricamente que había operado de igual modo consigo mismo, razón por la que ardió en llamas hasta no dejar más que unas pocas y dispersas cenizas, imposibles de identificar. «¡Así es, nojoda!», exclamé, levantando el puño.

Durante los días sucesivos, las agencias de noticias y los mayores periódicos del país no solo daban por hecho la autodestrucción del narrador, sino que comenzaron a indagar en sus posibles causas. Desde luego, se postularon distintas teorías, incluyendo la del amor frustrado y también la del vacío existencial. Pese a todo, la explicación que sigue, formulada como una ley por los periodistas, fue la que ganó más adeptos: un escritor que se suicida no ha tenido otra motivación que la infinita insatisfacción que le produce su propia obra. Confieso que la idea me parece interesante, pues a mí mismo, a veces, me resulta insoportable no poder llegar a ser tan bueno como quisiera: escribo y reescribo; conozco técnicas narrativas; aprendo teorías literarias; estudio gramática, retórica y filosofía; leo a los grandes clásicos; y, con todo, sigo estando lejos de alcanzar el nivel que quiero, como si pesara sobre mí la condena de la mediocridad. Por eso entiendo a los escritores que… En fin, solo es un comentario: mejor volvamos al tema.

Semanas después del siniestro, supuse que las redes sociales me habían vuelto una suerte de celebridad difunta, pero la verdad es que tales plataformas virtuales me interesaban muy poco entonces, de modo que no entré en ninguna de ellas, a pesar de lo cual una noche, tras haber in-

troducido mi nombre y apellido en el buscador, este me mostró en un resultado el tuit que reproduzco a continuación (de un tal @librerototal): «¿Soy el único que ya leyó a Benito Calderón?». De esa manera supe que yo, Benito Calderón, el proscrito, el ignorado, el paria literario, había concretado uno de mis sueños dorados de toda la vida: cosechar mi primer lector.

Este éxito, precioso a mis ojos desde el principio, me sumió durante un tiempo en una especie de hipnotismo obsesivo: pasaba horas enteras contemplando el tuit; mantenía mi mirada fija en él, ensanchando una amplia sonrisa en mi rostro; lo leía y releía, pensando que todos mis esfuerzos de literato estaban justificados. No me separaba del teléfono ni siquiera para ir al baño (este es un eufemismo), siempre observando el tuit; y volvía a admirarlo continuamente, de día o de noche, hasta quedarme dormido. También me imaginaba chateando con @librerototal sobre mis narraciones, o me figuraba un encuentro en persona para charlar acerca del proceso de escritura de las mismas. Y me reía, gozoso, satisfecho. Supongo que me encontraba en un estado parecido a la felicidad o al enamoramiento. Lo cierto es que así transcurrió otra semana, al término de la cual me dije que ya era momento de averiguar si había ganado más lectores. Actualicé la pantalla y me

quedé sin respiración al ver, tras la carga, varios enlaces que conducían a la compra de un título inaudito: *Obras completas*, Benito Calderón.

Podría afirmar que mis ojos apenas podían dar crédito a lo que veían, que no me lo esperaba, o usar cualquier otro lugar común para expresar sorpresa, pero no voy a mentirles: sí me lo esperaba, y desde hacía décadas.

De todos modos, mi reacción fue ambivalente. Por un lado, me costaba creer que todos mis trabajos fueran editados en un solo volumen en tan breve tiempo. Por otro lado, me parecía que ello solo era una consecuencia natural e inevitable de mi estratagema. Estando en tal estado de leve ofuscación, comencé a abrir los hiperenlaces, uno por uno. En cada página web a la que entraba, veía la portada y los datos básicos del ejemplar, pero lo que más llamó mi atención fue la cantidad de descargas registradas: diez mil, veinticinco mil, treinta mil descargas. En cuestión de días. Y también noté que las librerías ofrecían el título como un absoluto éxito de ventas, pues en las correspondientes reseñas se afirmaba que por primera vez en muchos años volvían a venderse más de cincuenta mil ejemplares en papel, en menos de una semana. Conforme avanzaban los meses, el éxito no solo sucedía aquí, en Manoa, sino que se replicó en otros países de Hispanoamérica,

como México, Argentina o Chile. Pronto aparecieron artículos periodísticos que versaban sobre el «discreto fenómeno editorial llamado Benito Calderón».

Aconteció que mi novela corta se publicó en España y en una editorial de lengua castellana en los Estados Unidos. Asumí que pronto se haría la insoslayable traducción al inglés, lo que supondría, virtualmente, el alcance de la novelita a todo el mundo. Además de esto, las redes sociales (quise echar un vistazo) comenzaron a llenarse de posts sobre mis cuentos. La multitud, al parecer, me leía con interés, compartía entusiasmada sus impresiones. Y, como si eso no hubiera bastado, a los ocho meses de haber abrazado la clandestinidad, se produjo la coronación de aquel auge literario: la edición de un estudio completo sobre mi obra.

El exhaustivo ensayo se titulaba: *Benito Calderón: Un narrador para el siglo XXI*, y su autor era nada menos que Maikel Ramírez, el crítico literario más importante de Manoa, como todos sabemos. Por desgracia, la conservación de mi estatus de hombre muerto me impedía adquirir el libro, pero aun así pude leer varios fragmentos del mismo en distintas revistas culturales digitales. El referido crítico escribió, entre otras cosas, que:

«...Benito Calderón era un autor excepcional no solo por la altísima calidad de sus textos; lo era

también por la variedad de géneros que cultivó y la amplitud de miras cuando se trataba de explorar distintas estructuras narrativas dentro del género del cuento. Desde ficciones históricas hasta la ciencia ficción o los relatos eróticos, pasando por el panfleto político y la fantasía épica, Calderón desarrolló cuentos con final abierto o inexistente; con final cerrado, pero ambiguo; y con tres o cuatro finales que se excluyen mutuamente. Jugaba con el tiempo, con espacios superpuestos, con personajes contradictorios. Conjugaba todos esos artificios para desarrollar temas tan relevantes como el amor, el heroísmo contemporáneo o la búsqueda de la inmortalidad. Era, en definitiva, un cuentista versátil, ingenioso, único: uno de los grandes talentos del presente siglo...».

Durante los meses ulteriores, se publicaron más ensayos laudatorios sobre mí y sobre mi labor literaria. Se decía que yo había sido un creador valiente y ambicioso. Se alababan la intensidad de mis relatos y la vitalidad de mis personajes; se celebraba la cantidad de narraciones que publiqué (más de ciento cincuenta). Por lo demás, hubo quien se preguntó cómo fue posible que semejante escritor pasara desapercibido por tantos años en nuestras letras. Algunos especularon que, de haber vivido más, este seguro habría compuesto alguna novela monumental. Otros escribieron

que Benito Calderón era un autor comparable, por la envergadura y el carácter innovador de su producción, con otros grandes cuentistas hispanoamericanos como Horacio Quiroga o Julio Cortázar. Y todos, como puestos de acuerdo, terminaban sus palabras con esta frase: «Es una verdadera lástima que haya muerto».

Aquella máxima se quedó vapuleando mi juicio desde que la leyera por primera vez, y una voz interior preguntaba, exaltada: «¿Ahora sí, verdad? ¿Ahora sí me reconocen, solo porque me creen muerto? ¿Es que mis textos han cambiado? ¿No son los mismos que publiqué cuando me sabían vivo?». Y una chispa de indignación se encendió en mi ánimo. Días tras día, me sentía cada vez más ahogado, pensando en todo el dinero que las compañías editoriales estarían haciendo con mi nombre y mi imagen de escritor suicida. También pensaba en mis colegas, en mis envidiosos colegas que seguro habían empezado a reconocerme, pero que antes de mi triquiñuela habían preferido ignorarme. Pensaba en todo eso… Pensaba… Y el adagio volvía a mi mente: «Es una verdadera lástima que haya muerto». Y entonces, como brotando de una brecha abierta en una muralla, una brecha por la que se colara una agradable brisa refrigerante, se me ocurrió: «¿Y si les dijera la verdad a todos?».

Esa ocurrencia vino aparejada de figuraciones inevitables: «¡Será un boom!», me dije en voz alta. «Las gentes quedarán impresionadas y, tras la sorpresa inicial, vendrá mi consagración definitiva como escritor, en todas sus formas: la merecida obtención de premios literarios; la creación de cátedras en torno a mi obra en las universidades; la adhesión de muchos fabuladores a la estética calderoniana... ¿Y qué diré del comercio de mis libros? Si ya se venden por decenas de miles, entonces se venderán por millones… Sí, indudablemente, debo presentarme en carne y hueso ante mis lectores». Pero yo quería que tal revelación fuera como una epifanía. Solo necesitaba la ocasión perfecta. Y esta se dio cuando yo cumplía el primer aniversario de mi falsa incineración.

Me enteré, a través de Instagram, que ese día se haría un conversatorio sobre mis relatos, en la librería Khalatos, a las dos de la tarde. Los participantes serían Maikel Ramírez y la cuentista Yurimia Boscán, con la respetada periodista Ana María Ramírez como moderadora. Serían las seis de la mañana cuando vi el post. De inmediato, me rasuré la enmarañada barba, me bañé en una quebrada cercana al ranchito, me vestí con ropa decente y emprendí el descenso hacia la carretera. Caminaba con mucha prisa, aunque sin llegar a correr. La marcha se prolon-

gó toda la mañana. Dado que iba con las manos vacías, me fue imposible desayunar o beber una sola gota de agua. Así, tal vez por estar sediento y con el estómago vacío, me desorienté y salí del Ávila por un acceso que no conocía, pero que de todos modos nacía junto a la vía. Mi reloj daba la una en punto.

Me ubiqué a un lado de la calzada, en el margen del carril por donde transitan los vehículos que van hacia Caracas. Extendí mi brazo con el pulgar arriba y me quedé como una efigie. Pasaron tres, cuatro, siete autos. Ninguno hizo el menor indicio de detenerse. El cielo, lo recuerdo, amenazaba lluvia. Al cabo de un rato, pasó un Ford Festiva azul a baja velocidad. Advertí que en el asiento delantero derecho había un niño que me miraba fijamente. «¡La cola, mi pana!», grité. El transporte, tras avanzar unos metros, se detuvo. Corrí hasta él como un desquiciado.

—¡Hola, buenas tardes! —saludé al conductor, a través de la ventana abierta del copiloto—. ¿Me puede dar la cola para Caracas?

—¿A qué parte vas? —me preguntó. Era un hombre cincuentón, calvo, feo, de cara engurruñada alrededor de la nariz.

—Al Centro de Arte Los Calpones —le contesté.

—Bueno, nosotros vamos a Plaza Venezuela. Te podemos dejar ahí.

—¡Papá, papá! —clamó el chico, señalándome con el dedo. Me seguía observando con sus grandes ojos verdes en el rostro pálido y regordete, bajo un cabello oscuro y desordenado—. ¡Ese hombre está muerto! ¡Es Benito Calderón!
—¿Cómo va a estar muerto? —replicó el padre—. Estás confundido, hijo.
—¡Claro que sí, él se murió en un accidente!
—Quédate tranquilo —repuso el señor, acariciándole la cabeza. Y añadió—: Mi hijo imagina cosas, disculpe.
—Su hijo está en lo correcto —repuse—. Es decir, claro que no estoy muerto, pero sí soy Benito Calderón. Es un placer.
—¿Cómo es la vaina? —soltó. El chiquillo se empezó a reír.
—Todo el mundo cree que morí hace un año, pero es una equivocación. Precisamente voy a Caracas para decirle la verdad a la gente.
Hubo un silencio.
—Créame —insistí—. Le digo la verdad.
—Mire —dijo el hombre, suspirando—, lo que pasa es que ando con mi hijo y no puedo meter extraños en el carro.
—¡Papá, yo lo conozco! —vociferó el pequeño—. ¡Es Benito Calderón, el escritor! ¡Dale la cola!
—No —murmuró el padre.
—¡Que le des la cola!

—No me deje aquí varado —tercié—. No le cuesta nada.
—Bueno —gruñó.
Sin más dilación, abordé el vehículo. Arrancó enseguida.
—Muchas gracias, de verdad —le dije al conductor—. Usted me ha sacado la pata del barro.
—¡Ahora seremos famosos, papá! —dijo el muchachito. Y agregó, mirándome—: ¿Verdad que sí?
—¿Qué edad tienes? —le pregunté.
—Once. ¿Y tú?
—Cuarenta y uno. ¿Te gusta leer?
—¡Sí, me gusta! ¿Y a ti?
—¡Por supuesto! —respondí—. ¿Y qué te gusta leer?
—Muchas cosas… Novelas de magia y acción.
—¿Y mis libros? ¿Has leído alguno?
—Una vez intenté leer su novela, pero era muy aburrida…
Me eché a reír.
—Mira, ¿y entonces? —le dijo el papá—. ¡Respeta!
—No se preocupe —le dije—. Son cosas de niños…
—¿Y por qué no estás muerto? —me preguntó el infante.
—¡Te quedas tranquilo! —rugió el señor—. ¡Así, callado, hasta que lleguemos! ¡Ponte el cinturón de seguridad!
Sonreí en silencio. El resto del camino me dediqué a mirar por la ventana y a saborear de antemano lo que sería el inicio de mi glorificación absoluta como narrador. Me sentía feliz. Pero al fin la deshidratación y la falta de alimento me vencieron y me quedé dormido.

Desperté con un sobresalto, la mano del conductor sobre mi hombro.
—¡Epa, ya llegamos! ¿Te sientes bien?
—Sí, sí, no pasa nada —dije, a media voz, enderezándome—. Lo siento mucho, no dormí bien anoche.
—Bueno, te hemos traído hasta el Centro de Arte, como puedes ver. Mi hijo quiere estar presente en lo que sea que vayas a hacer.
—No era necesario, pero gracias de todos modos… ¡Ya son las dos! ¡El evento debe estar empezando!
—¿Qué evento?
Me bajé del vehículo y atravesé la entrada de Los Calpones. El chico y su padre me siguieron. Mientras me encaminaba a la librería, veía cómo las pocas personas que había en el lugar me miraban sin pestañear y cuchicheaban entre sí. Por fin, entré a Khalatos.
El local había sido despejado de los anaqueles centrales y en su lugar había unos treinta y cinco o cuarenta jóvenes sentados en cómodas sillas, de espaldas a la entrada; enfrente y algo apartada del público, había una pequeña mesa con dos sillas vacías detrás. La periodista Ana María Ramírez, recostada de la mesa, conversaba con un hombre alto y muy gordo. En cada esquina de la librería había una corneta ubicada sobre un paral. Segundos después de que hube entrado, un silencio se apoderó del recinto. Alguien exclamó: «¡Dios

mío! ¿Ese no es Benito Calderón? ¡Es él!». Y en seguida la concurrencia se puso de pie y varios de los presentes sacaron sus teléfonos celulares inteligentes. Levanté los brazos en alto y dije, con voz clara y audible:

—¡Efectivamente, yo soy Benito Calderón y he venido a decirle al mundo que estoy vivo!

Estallaron los aplausos y varios chamos se acercaron a mí con el brazo estirado, sosteniendo sus teléfonos como si fueran de cristal.

—¡Por Dios! —gritó la periodista, juntando ambas manos—. ¡Este es un día histórico, señores! ¡Nuestro homenajeado, Benito Calderón en persona, está vivo y se encuentra con nosotros! ¡Démosle un fuerte aplauso!

Hubo un nuevo estallido de aplausos.

—¡Venga por aquí, Benito! —me invitó—. ¡Siéntese!

Sonriente, caminé hasta la mesa. El hombre gordo comenzó a ajustarme un pequeño micrófono en la camisa.

—¿Dónde están los participantes? —le pregunté a Ana María, entretanto.

—¡Conque usted sabía de este evento! Bueno… Maikel Ramírez no vendrá porque tuvo un inconveniente, y Yurimia Boscán está en camino… ¡Pero eso ya no importa! ¡La personalidad de honor es usted! ¿Ya tiene el micrófono puesto? ¿Listo? ¡Perfecto! ¡Será una entrevista espectacular!

Tomé asiento en una de las sillas vacías que estaban detrás de la mesa. La periodista ocupó la otra. Se pasó las manos por su cabello castaño oscuro recogido en un moño alto, que contrastaba con su piel clara; se estiró su conjunto ejecutivo azul rey, intentando cubrirse las rodillas con el borde de la falda, y me sonrió.

—¡Apenas puedo creerlo! —me dijo—. ¡Todo será improvisado, así que saldrá mejor!

—Ya estamos transmitiendo —informó el hombre gordo, grabándonos con la cámara trasera de un celular, a cierta distancia.

—¡Bien, vamos a empezar! —sentenció Ana María—. ¡Tres, dos, uno! ¡Muy buenas tardes a todos los que nos acompañan en la librería Khalatos del Centro de Arte Los Calpones y a quienes nos siguen en este momento por nuestras redes sociales! ¡El día de hoy les tenemos una sorpresa magnífica, una sorpresa colosal! ¡Y es que nuestro querido escritor, Benito Calderón, ESTÁ VIVO! ¡Sí, así como lo oyen! ¡Está vivo y esta tarde nos acompaña para contarlo todo sobre su último año de vida! ¡Un aplauso para él!

Hubo otra ola de aplausos.

—Bienvenido a tu casa, Benito —continuó—. Nos sentimos más que honrados de que estés aquí, con nosotros.

—Muchas gracias —dije.

—Bien, entremos en materia. Como bien sabes, durante los últimos doce meses todos tus lectores creímos, con mucho dolor, que habías fallecido. Ahora nos encontramos con la enorme y milagrosa sorpresa de que no fue así. Cuéntanos, ¿qué ocurrió en realidad?

—Bueno, creo que mis acciones no tienen nada de extraordinario. Simplemente, he fingido mi autoaniquilación, con la única intención de llamar la atención sobre mi obra literaria. Vivimos en una sociedad que cultiva el morbo por la muerte, y las industrias culturales, en particular la industria de la literatura, ama y venera a los escritores muertos; a estos se les reconoce su trabajo, se les dedica suma atención, se les perdonan sus pecados literarios y pronto se les ubica en un pedestal luminoso bastante lucrativo. A los escritores vivos, por el contrario, se les ignora por completo, y cuando se habla de ellos es solo para condenarlos o minimizarlos al máximo. ¿Por qué las cosas tienen que ser así? Decidí desafiar esa trama de injusticias y ya ustedes ven los resultados. Permítame, permítame continuar, por favor. Gracias a Dios, mis historias han encontrado a sus lectores y hoy vengo a decirle a todos ellos, a todos ustedes, que su escritor está aquí: ¡pregúntenme lo que quieran sobre mis textos!

—¡Ánimo, Calderón! —exclamó alguien del público.

—¡Qué interesante, Benito! —dijo la periodista—. ¡Hermosas palabras! ¡Ahora, relátanos qué sucedió la noche del accidente! ¿Estrellaste el jeep tú solo o hubo algún cómplice? ¿Lo incendiaste y huiste o te quedaste admirando tu obra de arte? ¡Revélanos todo!

—Eso no tiene nada de asombroso. Estaba solo. El público puede colegir perfectamente lo que hice. ¿Para qué insistir en ello?

—¡Pero no sabemos dónde estuviste hasta ahora! ¿Construiste un búnker? ¿Te recluiste de forma secreta en un monasterio? ¿O acaso te escondiste en alguna isla del Caribe?

—Estuve en un refugio que armé en el Ávila y durante este tiempo me dediqué a seguir las noticias.

—A ver, según la investigación que hice sobre tu vida antes de venir para acá (¡yo siempre hago mis tareas, ja,ja,ja,ja!), siempre fuiste un hombre solitario: al momento de tu supuesta muerte (perdona que lo diga así) estabas soltero, no tenías hijos, ni parientes; tus poquísimos amigos ya no te veían ni tenían contacto alguno contigo, y hasta tus vecinos dudaban que siguieras viviendo en el conjunto residencial, aunque esto último debido a tu oficio de redactor independiente, que no te exigía salir de casa, claro está. Ahora nos dices que te aislaste en el Ávila. ¿Te gusta la soledad? ¿Eres un misántropo?

—Solo me distancié convenientemente de todos porque era parte del plan: cuanta menos gente tuviese contacto conmigo, mejor. Pero, en realidad, me gusta compartir con los demás, esa es la materia prima de mis cuentos. Para escribir *Nochebuena*, por ejemplo, me inspiré en una anécdota real, que puedo referir ahora mismo.

—¡No perdamos de vista que todo fue planeado, señoras y señores! Dinos, ¿cuánto tiempo te llevó elaborar tu plan maestro? ¿Te inspiraste en alguna película?

—Ya he dicho que no hay nada extraordinario en lo que hice. Puedo añadir, por otra parte, que últimamente he tenido varias ideas para escribir nuevos relatos, las cuales puedo compartir con ustedes.

—¡Magnífico! ¡Pero no queremos dejar pasar la oportunidad de que nos digas qué se siente que todos te crean muerto! ¿Es excitante? ¿Lo volverías a hacer? ¿Qué sucede...?

—No he venido a responder preguntas tontas, sino a hablar sobre mi labor. Ya que no quieren escuchar esto, me retiro.

—¡Ánimo, Calderón!

Malhumorado, me levanté y me desabroché el micrófono. Escuché risas entre la gente, murmullos, uno que otro aplauso aislado. «¡Benito!», exclamaban entre el público, «¡Benito, una selfi! ¡Conmigo!». Me dirigí a la salida, sintiéndome vigilado

por innumerables teléfonos celulares. Entonces vi a la cuentista Yurimia Boscán que llegaba. «¡Ya era hora!», pensé. «¡Alguien a quien sí le interesa la literatura!».

—Mucho gusto —la saludé, cuando estuvimos lo suficientemente cerca—. ¿Así que usted ha estudiado mis narraciones?

—¡Ya! —exclamó, abriendo mucho los ojos y las manos—. ¡Ahora los escritores resucitan!

—¡Yo lo salvé! —gritó brutalmente el hombre que me había dado la cola. Estaba en una esquina de la librería, junto al niño—. ¡Lo encontré medio muerto en la carretera! ¡Él está vivo gracias a mí! ¡Yo lo salvé!

—¿Ah, sí? —replicó Ana María desde la mesa—. ¡Venga a contarnos, venga!

Decepcionado, me marché de la librería y del centro de arte. Caminé hasta mi apartamento, que por fortuna queda cerca, y entré con la llave que había traído desde el rancho. Me sorprendió encontrarlo intacto. Quizá una de las pocas ventajas de vivir en Manoa es que todavía se respeta la propiedad privada, incluso después de muerto el propietario. Esa tarde me di un refrescante baño bajo la ducha, comí unos enlatados y dormí profundamente, en exceso, durante dos días seguidos.

Lo ocurrido desde que me desperté hasta tres años después fue un frenesí bastante previsible

y tortuoso. Durante los primeros meses, fui una auténtica celebridad: el video de la entrevista que me hicieran en la librería se viralizó por todas las redes sociales importantes, acumulando millones de vistas en cada una; proliferaron los memes con mi imagen, compartidos y comentados por cientos de miles de personas; un pequeño pero genuino ejército de influencers creó el hábito de hacer videos o transmisiones en vivo en donde aprobaban todo mi proceder, argumentando que cada persona es libre de hacer con su vida lo que se le venga en gana; otro grupo de influencers decía que yo solo era un deleznable embaucador; mucha gente escribió mensajes harto diversos en mis perfiles digitales; recibía incesantes solicitudes de entrevistas de parte de periodistas famosos (las rechacé todas). No se hablaba de otra cosa que no fuera «el hombre que fingió su propia muerte». Sin embargo, ese torrente sensacionalista comenzó a disminuir a los nueve o diez meses de mi revelación para dar paso a una cuestión mucho más seria: la reconsideración de mi producción literaria.

Como las cucarachas que invaden una casa, así llegaban a internet los comentarios lapidarios sobre mis textos. Diferentes escritores y lectores decían sin ambages que indudablemente yo era un autor sobrevalorado; que mis historias eran

malas, que en el mejor de los casos eran copias defectuosas de autores europeos o norteamericanos; que mi novela corta era simple e insípida; que yo no tenía el menor talento para narrar. De hecho, Maikel Ramírez escribió un breve ensayo, titulado *Benito Calderón: fraude en la vida, fraude en la literatura*, abjurando de su anterior postura respecto a mi pluma y afirmando que:

«…ese diletante infecto apellidado Calderón es como un virus que esparce la peste de la mediocridad en todo lo que toca: reproduce los más descarados lugares comunes en variedad de géneros; repite sin cesar las mismas estructuras narrativas en sus intentos de cuentos; procura escribir más de un final en un relato ilegible por su confusión; maneja mal el tiempo; sus personajes son inverosímiles; sus temas están mal concebidos y peor desarrollados; y no hablemos de su pobreza estilística, rica en redundancias y solecismos. Yo diría que sus redacciones son ejemplares de la basura literaria más efímera…».

También recuerdo la cantidad de internautas que negaban haberme leído alguna vez, confesando que si acaso habían emitido comentarios elogiosos sobre mis libros, ello había sido una mera debilidad por seguir la moda del momento. Muchos de ellos usaban en Twitter la etiqueta #YoNoLeoACalderon. No encontré, pues, un solo indi-

viduo, ¡uno solo!, que afirmara ser mi lector, pues mis editores declararon en cierto congreso de literatura que en realidad habían publicado mis narraciones sin leerlas, llevados por la mera necesidad de sonsacarle algunos bolívares al autor, y hasta Maikel Ramírez contó en una de sus clases (pues el tipo era y que profesor universitario) que una ojeada superficial a mis escritos le había bastado para comprenderlos, y que lo mismo les sucedía a todos aquellos que caían en la vulgaridad de comentarlos (estas aseveraciones, por cierto, fueron a parar a las noticias de internet, hoy que nada escapa al ciberespacio, hoy que solo existe lo que existe en la nube). Por último, aferrándome ansioso a una alegría pasada, busqué mi amado tuit de @librerototal, pero la cuenta había sido eliminada.

Ahora bien, incluso esta ola detractora cesó. Duró, como ya he apuntado, unos dos años y dos meses, al cabo de los cuales fui completamente olvidado; ya habían aparecido varios personajes en la esfera pública que suscitaban y degustaban su momento de fama; ya se habían producido textos literarios apreciados por la crítica y leídos por muchos. El nombre de Benito Calderón no era más que un dato inexistente.

He cruzado la barrera de los cincuenta años y recién me doy cuenta de que he ignorado pue-

rilmente cómo funciona nuestra sociedad y cuán despiadada puede ser con los genios incomprendidos. Pero no todo ha sido inútil. Por lo menos logré recuperar mis Derechos de Autor, que las compañías editoriales me devolvieron sin réplica, aunque, hasta donde sé, no he vendido un solo ejemplar de mis títulos todavía. Por otro lado, he seguido ganándome la vida como redactor independiente, escribiendo y publicando oscuramente tras alguno de mis heterónimos. Y a pesar de que no quise crear más obras de ficción, me decidí a escribir este relato. ¿Quién dice que yo no podría ser recordado gracias al testimonio de mi fracaso? ¿Quién dice que yo no podría ser un Gilgamesh contemporáneo? Dejaré estas palabras guardadas en mi computadora, donde puede que un par de manos compasivas terminen por divulgarlas o destruirlas. En el ínterin, abordaré el único jeep que me queda, herencia de mi padre (como casi todos mis bienes), acompañado de mi infaltable bidón de gasolina, para conducir de nuevo por la Carretera Vieja de La Guaira y, en un punto determinado, entregarme de veras y sin temor a la muerte. Tal vez mi memoria vuele hacia un destino brillante y definitivo en esta oportunidad. Tal vez estas líneas, tediosas y patéticas, acaben por sobrevivirme a través de los siglos.

Mi obra maestra

¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!
¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con
que se afana bajo el sol?
Eclesiastés 1, 2b-3.

Prólogo

I

Al arribar a mis treinta años, me propuse escribir mi obra cumbre. Huelga decir que me consideraba un escritor mediano, aunque no mediocre, pues ya había obtenido dos premios nacionales de dramaturgia, más una mención especial en un concurso internacional de cuento. En lo que respecta a mi bibliografía, diré que contaba con tres libros de ensayos y un modesto, pero bien compuesto poemario. Mi trigésimo cumpleaños, sin embargo, me estalló en la cara con una inexplicable intuición de muerte prematura, de modo que aquel extraño día pensé: «¡Se acabó! ¡O alcanzo la fama mundial ahora, a través de mi mejor novela, o la labor de toda mi vida se perderá!». Fue en ese estado existencial que terminé de escribir *Calígula en cuatro tiempos*.
Como sugiere el título, era una novela biográfica escrita en cuatro partes. La primera, subtitulada

Calígula, el hombre, iniciaba con el nacimiento de Calígula, no exento de contratiempos y malos augurios para los padres; después, se contaba su consentida niñez, se daba cuenta de la literatura mitológica que le sembró en su corazón la obsesión de ser un dios, y de que era necesario que matase a Germánico, su padre, para que el pequeño demostrara su carácter divino; se narraban el respectivo asesinato, la adolescencia lasciva e incestuosa, la juventud libertina; y terminaba con la icónica estancia del personaje junto a Tiberio César en la isla de Capri, y la inherente transformación de Calígula en una bestia del vino, del falo y de las corrientes de sangre.

La segunda parte, titulada *Calígula, el emperador*, narraba, por supuesto, la muerte de Tiberio y el reinado de Calígula, incluyendo las frecuentes bacanales palaciegas, la célebre muestra de dos docenas de ostras como botín de guerra sobre Neptuno o el simpático nombramiento del caballo del César como Cónsul de Roma. Y terminaba, en fin, con el acribillamiento del emperador. Hasta allí, no había nada esencialmente nuevo en la trama de la historia, nada que no aparezca ya en otros libros. Ahora bien, se sabe que un argumento cualquiera puede contarse de mil maneras distintas, todas ellas interesantes; la cuestión es saber narrar ese argumento.

Calígula, el dios, la tercera parte de la obra, transcurría en la cima del monte Palatino, el hogar de los dioses romanos. Allí, Calígula intentaba conversar con Júpiter, quien no lo apreciaba, y con la diosa Venus, quien le tenía lástima. También llegaba a compartir una ambrosía con Hércules, quien no dejaba de burlarse de él, comparándolo con Baal, una divinidad cananea sin sacerdotes, ni profetas, ni templos, ni fieles. Calígula, humillado, se retiraba a la parte del cielo donde moraban Julio César y Augusto, quienes se entretenían discutiendo sobre táctica militar, ignorando a Calígula por completo. Finalmente, corrían los años y los siglos. Calígula observaba el devenir histórico del pueblo romano con incomprensión y como a través de un cristal empañado. Hastiado de la eternidad, decidía descender a la tierra.

La cuarta y última parte de la narración se titulaba *Calígula en el siglo XXI*. Allí se contaba cómo el personaje, bajo la apariencia de un indigente, recorría las calles de Roma en el año 2019 sin reconocerla, y de cuánto se divertía en clubes nocturnos y mansiones del sexo, adoptando indistintamente la forma de mujer o de hombre. La etapa culminante de toda la novela comenzaba cuando el dios comprendía que había escogido una época decadente para visitar su otrora imperio, una época donde se celebraban, por ejemplo, la libertad sexual y el sentimiento

pro migrante como avances de la civilización, aunque ambas cosas ya eran viejas en la Ciudad Eterna mucho antes de que el águila dorada dominara la península itálica. Con todo, el colmo de su paciencia sobrevenía con la solicitud de varias ONG para que aceptara la candidatura al parlamento italiano, en representación de la comunidad LGBT+. Solo con recordar los afanes del servicio público, el dios se marchaba a Oriente, pues sabía que aquellas tierras son más cómodas para los seres divinos.

Así pues, Calígula atravesaba el Mar Mediterráneo volando en forma de mosquito, de modo que nadie advirtiese su presencia entre los mortales. Llegaba a Jerusalén y se maravillaba por la enorme influencia que aún tenía el Dios de Israel, y le entraban ganas de incursionar en el territorio de Egipto. Pero, al sobrevolar la Franja de Gaza y contemplar la actividad de la nueva religión de mezquitas, se lo pensaba mejor y volaba hacia el sudeste asiático, y se asentaba, por fin, en la India, en donde recobraba su apariencia humana, y algunas personas le rendían culto y le erigían un templo, junto con los otros 3.745.213 dioses que hay en ese país. Así terminaba la obra. Nada mal, ¿verdad?

II

Todo autor sensato sabe que debe mostrar su manuscrito a algún lector de prueba antes de pensar

en publicarlo. Este gesto le permite recibir observaciones sobre aspectos importantes de la obra que se les suelen escapar al propio creador. Por tal motivo, envié el manuscrito directo a mi editor, aunque con la íntima confianza de que la novela no reclamaría la menor modificación. «¡Ya estoy realizado!», me dije. «¡El trabajo de toda una vida, al fin ha concluido! ¡Veintidós años, cuatro meses, dos semanas y un día de escritura! ¡Mil quinientas páginas impecables a repartirse en cuatro tomos! ¡Una vez que *Calígula en cuatro tiempos* se publique en su totalidad, podré morir en paz!».

Mi editor alabó el esfuerzo sostenido de mi pluma, ponderó mi creatividad, elogió mi sentido del humor… Y también se negó a publicarme.

«¡Esa novela es demasiado larga!», dijo. «El mundo no soportaría otro genio como el de Proust. Haz el favor de reescribir esa vaina en un solo volumen de quinientas cuartillas como máximo». Seguí su consejo y rehíce el texto. En cosa de año y medio tuve lista *Calígula*. La historia entera cupo en trescientos renglones. Me sentía orgulloso de mí mismo.

Puedo decir brevemente, para los curiosos, que la reescritura de la novela consistió en suprimir la mayor parte de las tramas secundarias (las que narraban, por ejemplo, la vida y muerte de Agripina o concentraban el punto de vista narrativo en Claudio, y en cómo este sobrevivió a las locuras de

su sobrino haciéndose el tonto); también eliminé muchos pasajes inútiles en los cuales los personajes hacían afirmaciones de tipo filosófico o moral. La verdad es que *Calígula* me satisfacía mucho más que la difunta primera versión… Y, sin embargo, aún me parecía demasiado larga. Fue así como, tras mucho meditar y meditar, decidí reescribirla en formato de novela corta. Estimé que cincuenta cuartillas serían más que suficientes.

Siete meses me llevó acabar mi querida novelita. Eliminé las dos primeras partes; ¿para qué volver a contar una historia que todo el mundo conoce? Ya sé que había afirmado la idea contraria con anterioridad, pero ustedes saben, el ser humano es cambiante, rectificar es de sabios, etcétera. En lo que respecta a las dos partes restantes, las simplifiqué: las conversaciones de Calígula en el cielo las reduje a breves diálogos de no más de cuatro intervenciones por personaje; el viaje por el Mar Mediterráneo, Israel y la Franja de Gaza, lo sustituí por una teletransportación desde Roma hasta la India, y a manera de epílogo. De modo, pues, que casi la totalidad de la narración, transcurría en la Roma de la actualidad. El producto final fue un ingenioso y ameno relato de cuarenta y cinco renglones, ideal para leer durante un fin de semana… Aunque, bien mirado, ya nadie suele tener fines de semana libres, y el que los tiene, difícil-

mente los dedica a leer. Por otro lado, siempre me ha parecido que la noveleta, como forma literaria, es un aborto de novela, cuando no un cuento estirado, algo así como un adolescente narrativo, a medio camino entre una y otra identidad. «Ya que empecé a desbrozar esta historia», razoné, «debería terminar de purificarla toda. Convertiré *Calígula* en un cuento y esta será la reescritura definitiva». Y así lo hice. *Calígula*, el cuento, tuvo una extensión de apenas quince cuartillas.

Ahora sí, el desarrollo del conflicto transcurría enteramente en la Roma contemporánea, y consistía en unas pocas interacciones del personaje con algunos sodomitas italianos; de la estancia del dios en el cielo, a duras penas quedó un breve párrafo introductorio; de su destino final en la India, sobrevivieron tres o cuatro líneas, como epílogo. Me pareció que el formato de la narración breve le dio una intensidad distinta al relato; las restricciones propias del género me permitieron eliminar todo lo prescindible, suprimir hasta la última palabra superflua. Y a pesar de todo… No sé qué pensaban ustedes del argumento, pero apenas hube escrito el cuento, me di cuenta de que toda esa parte de Calígula en nuestros días no era más que una pendejada, una ocurrencia nacida en el seno de una cabeza ociosa como la mía. Nadie puede pasar a la posteridad con un tema tan baladí. Así que lo hice.

Sí, reescribí el cuento en formato de microcuento. Lo reproduzco a continuación:

«Veinte siglos después de su divinización, Calígula, cansado de ser un dios, bajó del cielo a una aldea de la India y se transformó en vaca.

»No obstante, apenas lo vieron, unos aldeanos pintaron sus cuernos de rojo y amarillo, colgaron flores por todo su cuerpo y se inclinaron ante él con mucho respeto».

¿Qué tal? Cuando comencé a garrapatear estas líneas, pensaba que el cuento corto, ahora sí, de verdad, sería la versión definitiva de mi obra. Pero tengo mis dudas. No sé, me parece que el solo nombre del personaje es lo bastante sugestivo como para que el lector mismo haga su propia versión de la historia. Creo que cualquier persona que tenga por lo menos una noción de quién es el personaje histórico llamado Calígula, lo imaginará, por ejemplo, manipulando la mente de Tiberio para que este le nombre su heredero y así vengar las muertes de Agripina y Druso; o imaginará a Calígula vejando alguna estatua de Júpiter; o concebirá a un personaje llamado Calígula, pero que no tenga nada que ver con el emperador romano (salvo en la desmesura vital), en otra tierra y dentro de otra civilización… ¿Para qué, entonces, empobrecer la vida del lector con *mi versión* de Calígula? ¿Tengo derecho a distraer a

los demás de su propia invención? No, claro que no. Por eso he tachado el microcuento y conservo el solitario título: *Calígula*.

¿Saben algo?, creo que he estado equivocado; unas líneas antes, escribí que «cualquier persona que tenga por lo menos una noción de quién es el personaje histórico llamado Calígula…»; pues bien: ¿y si nadie, o casi nadie, sabe quién diantres fue Calígula? Yo mismo no supe de su existencia hasta que leí la novela *Yo, Claudio*, de Robert Graves. Cualquiera ha oído hablar de Julio César, tal vez de Nerón o de Constantino, pero no de Calígula. No es tan famoso, esa es la verdad. También escribí: «¿Tengo derecho a distraer a los demás de su propia invención?». A ver, ¿qué invención? ¿Quién dice que la gente necesariamente anda por ahí inventando historias? Con la vida tan compleja y veloz de la actualidad, ¿quién se detendrá a escribir relatos? Y, en tal caso, ¿por qué sería una narración sobre Calígula, y no sobre cualquier otro personaje? Sí, ahora lo comprendo: mi idea era mala desde el principio. No hay remedio, tendré que tachar el título y dejar la página en blanco. Listo. He concluido mi trabajo. Así como no todas las estrellas son iguales, aunque a veces lo parezca, ni son iguales todos los granos de arena o todas las hormigas, tampoco todas las páginas en blanco son iguales. *Mi página*

en blanco es única porque solo yo sé cuánto me costó llegar hasta ella, solo yo viví la experiencia de dar a luz una obra de mil quinientas páginas y, poco a poco, verla gatear en trecientas cuartillas, tomarla de la mano y ayudarla a caminar en su edad de noveleta, verla correr como un cuento, verla decrecer como un microrrelato, verla envejecer en su propio título, y, por último, verla alcanzar su culminación en una preciosa, impoluta, invicta página en blanco. Como Jonathan Swift al escribir *Los viajes de Gulliver*, como Henrik Ibsen al componer *Casa de muñecas*, hay hazañas literarias que un autor es capaz de ejecutar una sola vez en su vida. Pues bien, este ha sido mi caso. Si he escrito el presente prólogo es porque he querido aproximar al lector a lo que fue el largo y difícil proceso de creación de una obra aparentemente simple. He aquí, pues, el producto de mi obsesión de escritor; he aquí mi legado a la posteridad; he aquí, en definitiva, mi obra maestra:

Autobiografía literaria de un genio

I

La literatura me ha acompañado de cerca durante la mayor parte de mi vida. Cuando era niño, me complacía en leer cuentos de hadas, fábulas y relatos fantásticos. Esta clase de lecturas estimulaban enormemente mi imaginación, me envolvían en felices ensoñaciones, haciéndome olvidar mis desdichas cotidianas, como la aversión que producía en mis compañeros de escuela debido a mi timidez, o los fracasos permanentes en deportes como el fútbol o el béisbol. Sin embargo, yo consideraba los libros de ficción como una suerte de juego, un entretenimiento entre muchos otros que poblaban mi niñez. Pero esto cambió cuando leí un libro escrito por uno de los grandes genios de nuestro tiempo: *Harry Potter y la Piedra Filosofal*, de J. K. Rowling.

Recuerdo que la narración me atrapó desde la primera línea, no obstante ir acentuando su efecto hipnótico página tras página. Me conmovía la existencia desdichada del pobre Harry en casa de sus tíos; me maravillaba el descubrimiento del mundo mágico al que el joven héroe estaba destinado a salvar; me regocijaba con la compa-

ñía de Ron y Hermione, quienes me producían la sensación de ser mis propios mejores amigos; me asombraba la valentía que los tres niños demostraban al enfrentar los retos de los últimos capítulos; me apenaba que la novela se terminara; me consolaba con la certeza de que la aventura continuaría en el siguiente volumen de la serie. En cierto modo, yo había logrado habitar otro universo a través de esa obra, y la experiencia fue tan vívida, tan real, que desde entonces ya no pude separarme de los libros: me había convertido en un apasionado lector.

Devoré los tres volúmenes siguientes de la saga (que eran los únicos publicados hasta el momento. Me refiero al año 2002, yo tenía once años, ¡igual que Harry Potter en su primer año en Hogwarts!), navegando en un mar vertiginoso de hechos extraordinarios, enriquecido por las dos primeras adaptaciones al cine y al Play Station. Incapaz de esperar la aparición de *Harry Potter y la Orden del Fénix*, decidí continuar mi viaje literario con otros autores. Una tarde, tras hurgar en la biblioteca del colegio por unos minutos, escogí un ejemplar de *El extraño caso del doctor Jekyll y Míster Hyde*, de Stevenson. Leí la novela entera durante dos o tres tardes, con mucho interés y algo de terror. Al finalizar la lectura, solo quería prolongar mi existencia en esa otra dimensión cuya puerta

de entrada era la palabra escrita, y, acuciado por las dos primeras adaptaciones cinematográficas de *El Señor de los Anillos*, me procuré dos libros de Tolkien: *El Silmarillion* y *El Hobbit*. No sospechaba, en lo absoluto, que serían estas obras las que me introducirían en el maravilloso terreno natural donde desemboca indefectiblemente todo lector: la escritura.

En primer lugar, leí *El Hobbit* con suma emoción, hecho un verdadero nudo de gozo e intriga. Al recorrer las trescientas páginas que tenía mi edición, pensé varias veces que quizá yo podría hacer lo mismo que Tolkien: crear una ficción épica en donde sus personajes ejecutan hazañas admirables, desafiando a los enemigos monstruosos que intentan aniquilarlos. Pero solo fueron pensamientos pasajeros. El acicate definitivo me lo dio *El Silmarillion*. Mientras lo leía, pensaba que esa era la obra más grandiosa que había conocido jamás. Me asombraba que un solo autor fuera capaz de crear toda una mitología, con sus dioses, sus distintas razas antropomorfas, sus animales fantásticos, sus paisajes, sus venturas y sus tragedias. Terminé de leer el libro con la convicción absoluta de que yo *debía* escribir mi propia historia, y en cuestión de días o de horas imaginé a varios personajes inmersos en una variedad de acontecimientos sorprendentes, en escenarios

impactantes, con la particularidad de que alguno de esos personajes lograba alcanzar su sueño tras finalizar una secuencia de acciones determinada. Trasladé esas imaginaciones al papel durante una semana de escritura febril, y fue así como nació *El mundo de los sueños*, mi primera novela.

Ustedes, apreciados lectores, habrán podido advertir que esa obrita era una novela de aventuras. Estaba compuesta por capítulos. Yo escribía un capítulo diario y a continuación se lo leía a mi padre, quien me escuchaba o fingía escucharme mientras ojeaba el periódico o veía la televisión. La sesión de lectura finalizaba cuando yo le preguntaba a papá: «¿Te gustó?», y él asentía con la cabeza. Les confieso que esta reacción me parecía bastante decepcionante, pues consideraba que mi escritura era estupenda, comparable a las de Rowling, Stevenson y Tolkien, y en realidad esperaba alguna muestra de sincera admiración proveniente de mi padre. Pero después pensé que quizá no todas las personas tienen la sensibilidad y la inteligencia suficientes como para comprender el valor literario de un trabajo como el que yo acababa de hacer, de modo que jamás le dije nada a papá respecto al asunto. Por otro lado, ese sería el preludio de lo que ocurriría en diciembre de ese año, cuando escribí mi primer cuento.

Sucedió que, como parte de las asignaciones escolares de fin de año, la maestra quiso que todos

los alumnos escribieran en sus casas una historia de navidad. Eso era todo. Supe de compañeros que relatarían sus experiencias de nochebuena o de algún viaje realizado en años anteriores, pero yo no tenía ninguna anécdota relevante qué contar, de modo que resolví buscar inspiración en algún autor que hubiera escrito sobre el tema. Así pues, como era casi inevitable, leí *Un cuento de navidad*, de Charles Dickens. La narración me gustó mucho, pero me incomodaba que estuviera ambientada en un país extraño, en una ciudad donde nevaba y donde la gente vestía distinto, así que decidí reescribir el cuento, pero situándolo en Caracas, mi ciudad, y sustituyendo al señor Scrooge por un malhumorado marabino, y al dependiente por un humilde caraqueño. Introduje episodios donde se comía hallaca, pan de jamón, dulce de lechosa; donde se escuchaban gaitas y se adornaba el nacimiento al mismo tiempo que al arbolito de navidad. Introduje algo del habla coloquial venezolana. Y todo ello no implicaba falta de originalidad de mi parte. Al contrario: fui capaz de hacer algo nuevo con elementos preexistentes. Pues bien, cuando llegó el día señalado, entregué mi cuento a la profesora, seguro de haber escrito una genuina obra maestra. La sorpresa me la llevé días después, al recibir la calificación respectiva: fui aplazado con la nota mínima.

La maestra me devolvió el cuento con una nota escrita a bolígrafo, que rezaba: «¡Esto no lo inventaste tú!». Me puse a llorar en pleno salón de clase. Nadie me consoló, pero más tarde yo mismo comprendí que aquello no era más que la acción corriente de una profesora corriente: mi labor consistió en adaptar el trabajo de otro autor, haciéndolo más apropiado a un contexto cultural distinto; si la maestra no había sido capaz de advertirlo, no era su culpa: la naturaleza simplemente la había dotado de un entendimiento pobre y vulgar.

En septiembre del año siguiente ingresé al Liceo Militar Ayacucho, ubicado en Caricuao, y en donde cursé mis cinco años de bachillerato. Debo confesar que durante dicho lustro acudí poco a la literatura, pues las vicisitudes propias de la adolescencia fueron más sugestivas para mí. A pesar de esto, ocurrieron dos hechos muy importantes en mi carrera literaria: la lectura de la serie *Las Crónicas de Narnia*, de C. S. Lewis, y la escritura de mis primeros cuentos.

Leí los dos primeros libros de *Las Crónicas de Narnia* por cumplir con una asignación de mi profesora de castellano, pero los relatos de aquel mundo encantado, distinto al de Rowling y al de Tolkien, me agradaron tanto, que terminé leyendo la serie completa y reafirmando mi vocación literaria. Creo que esa experiencia fue la que me

llevó a escribir mis primeras narraciones breves, de concepción totalmente original. He perdido esos textos, pero recuerdo que uno de ellos versaba sobre la relación de amor/odio entre un soldado español y un indio en la ciudad de Caracas durante la época colonial. También recuerdo un cuento que relataba la condena de un desgraciado en un infinito infierno personal. Algunos de mis compañeros leyeron esas historias y me preguntaron: «¿Qué vaina es esta, Centeno?» (me llamo Leonel Centeno, por cierto. Quizá debí decirlo en el primer párrafo de este documento, pero ya no importa). Y luego se marchaban de mi presencia sin agregar nada más. Yo razonaba entonces que, si a ninguno de ellos le interesaba la literatura, era natural, por no decir invariable, que carecieran del conocimiento y la apertura mental necesarios para interpretar adecuadamente mis cuentos. La decepción, pues, ni me tocó: solo me enfrentaba al mismo fenómeno que conociera en mi niñez con cierta maestra obtusa.

Al llegar a mi época universitaria experimenté un distanciamiento mayor de la literatura, pero solo para volver a ella con más fuerza y con un carácter absolutamente trascendental. Las cosas ocurrieron así: en mis primeros trimestres de carrera (pues yo estudiaba un Técnico Superior Universitario en Administración Aduanera, en la

Universidad Simón Bolívar, Sede del Litoral) me enamoré de una compañera de clase. Por unos meses, vivimos un amor intenso y alegre, y yo creí colmados mis más hondos anhelos vitales, de manera que la literatura llegó a parecerme una cosa tan superflua como meliflua. Pero sucedió que un día, de súbito, mi chica se alejó de mí y comenzó a pasar todo su tiempo con otro muchacho, y así continuó durante varias semanas, al cabo de las cuales se hicieron novios y yo quedé abandonado a la más amarga soledad. Entonces recurrí a los libros. Conocí a varios autores, buenos y malos, pero fue mientras leía un ejemplar de *Flores en el ático*, de V. C. Andrews, que mi profesora de Lenguaje y Comunicación me hizo una propuesta que sería determinante para el desarrollo de mi escritura y para mi vida en general: me invitó a formar parte del taller literario de la universidad. Desde luego, acepté su invitación.

Tras asistir a dos o tres sesiones, me di cuenta de que el supuesto taller literario era, en realidad, una peña literaria, conformada por tres profesores, una estudiante llamada Andrea y yo. Allí, hacíamos lecturas de distintos autores consagrados, comentábamos los textos y hasta nos arriesgábamos a compartir nuestras propias creaciones. En nuestra cuarta sesión, los profesores nos informaron a Andrea y a mí que la universidad ha-

bía abierto la convocatoria para participar en el concurso anual de literatura, en sus menciones de cuento y poesía. Andrea dijo que participaría con un poema. Yo, por supuesto, asumí no solo que participaría, sino que ganaría el concurso en la mención de cuento.

Preparé mi texto a lo largo de dos arduos meses de escritura y de muchas correcciones. Era una narración sobre un hombre que sorteaba distintos peligros en una selva, pero en la que al final se revelaba que el hombre no era más que un chico en pañales, y que la selva en realidad era una representación hecha de animes pintados con témpera dentro de una guardería. Me pareció que se trataba de una obra ejemplar desde el punto de vista técnico. Andrea, por su parte, escribió un maravilloso poema con tintes de malditismo y surrealismo. Lo compuso un día antes de que cerrara el plazo de recepción de manuscritos, entre bostezos, y añadiéndole una interesante ilustración hecha por ella misma a lápiz. Me impresionó que Andrea fuera capaz de escribir un poema semejante en tan breve tiempo. En fin, ambos enviamos nuestros textos al concurso y tres meses después nos enteramos de los veredictos: Andrea había obtenido el primer lugar en poesía. Yo, para sorpresa mía y de todos en la peña literaria, no gané absolutamente nada.

Ese fracaso no me desanimó. Más bien, fortaleció mi idea de que son pocos los lectores realmente capaces de comprender los textos literarios complejos y vanguardistas. Le comenté esta cuestión a Oscar Blanco, uno de los profesores que asistían a la peña literaria, y él me habló de un poeta maldito, un tal Edgar Allan Poe, a quien se le consideraba uno de los grandes genios de la literatura mundial, pero quien no pudo lograr el pleno reconocimiento de su talento en vida. Además, Oscar me prestó su volumen de *Narraciones extraordinarias*. ¿Cómo podría expresar el impacto que ese libro me causó? ¿Será suficiente decir que lo leí y releí innumerables veces en los meses siguientes? ¿Bastará con afirmar que, a partir de entonces, consideré a Poe el mejor escritor de todos los tiempos? ¿Ofenderé a alguien si afirmo que todos los demás autores comenzaron a parecerme pequeños alfeñiques balbuceantes de las palabras? Y el deslumbramiento, por no decir la alucinación en que me encontraba, me llevó a leer las obras completas del escritor norteamericano, y luego algunas de sus muchas biografías. ¿Qué podré comentar al respecto? ¿Seré yo otro de los tantos que se conmueve al pensar en la existencia desdichada de Poe, en su tenaz avance hacia las más profundas gargantas de la desesperación y el abandono de sí mismo? Pero lo más llamativo del

caso era la curiosa similitud entre Poe y yo, entre su genio y el mío, entre su destino consumado y mi destino por cumplir. El reconocimiento dispensado por nuestros respectivos contemporáneos sería escaso, a pesar de que ambos seríamos autores de obras únicas, inmortales, universales. Mi porvenir, pues, estaba claro: yo sería el Edgar Allan Poe del siglo XXI.

II

Una de las coincidencias entre mi maestro Poe y yo es que ambos fuimos poetas en el ejército. Por cierto, el hecho de que yo escribiera cuentos en lugar de poesía lírica no me hace para nada ajeno al término «poeta», pues lo uso en un sentido amplio. El poeta, el verdadero poeta, es un creador, un artista, un pequeño dios, más allá de los medios de que se valga para producir sus creaciones. Tan legítimo puede ser el que escribe versos como el que dirige un largometraje o el que sabe amar a una mujer. En este caso, la distancia entre Poe y yo es mínima, pues ambos logramos ser artífices del verbo, aunque uno lo haya versificado y el otro lo haya vertido en una prosa narrativa (el maestro hizo ambas cosas, claro está). Ahora bien, desde que leí la primera biografía del bostoniano y supe que éste había hecho un viaje al extranjero durante su niñez, tuve la necesidad de

viajar yo también fuera de mi patria. Me parecía que un escritor no se completaba hasta haber conocido alguna nación distinta. Fue con ese paradigma vivo en mí que me inscribí en el Programa de Intercambio Internacional de Estudiantes disponible en mi universidad, y pasé unos felices cinco meses como estudiante de la Universidad Veracruzana en Xalapa, Veracruz, México.

Esos felices cinco meses consistieron en estudiar un poco, a la par que me entregaba a los recorridos por distintas ciudades, a los banquetes, al alcohol y al sexo. Es decir, durante ese tiempo no leí libros de ficción, ni escribí una sola letra. Ustedes comprenderán que un joven caribeño de veinte años en México, con dinero en el bolsillo (la Universidad Simón Bolívar había financiado mi viaje) solo quería gozar de su estadía allí. Lo cierto es que regresé a Venezuela sin el menor interés por mi carrera universitaria, y con la firme y extraña convicción de dedicarme por entero a la literatura. Así se lo hice saber a mi padre, con quien tuve una terrible discusión, pues él era mi sostén económico. No era, ni mucho menos, tan rico como lo fue John Allan, pero ostentaba un trabajo bien remunerado, estable y seguro como Controlador de Tráfico en el Metro de Caracas (mi madre, por otra parte, era ama de casa). En medio de la discusión, para apaciguar un poco el

voluble carácter de papá y evitar que me echara de casa, le prometí que terminaría de estudiar la carrera. Pero nada más. Él aceptó y así se puso fin a la controversia. Enseguida, me encerré en mi cuarto y comencé a releer las *Narraciones extraordinarias*, de Poe.

En el curso de los siguientes días, en mis ratos libres, me consagré a la meditación profunda sobre aquellos cuentos fantásticos. Admiraba su carácter fundador de una parcela literaria universal, envidiaba la suerte de aquellos textos que, con el paso del tiempo, habían logrado comportarse como manantiales que engendraban muchos otros textos de otros autores del mundo entero. Pero era una envidia sana y, hasta cierto punto, tonta, pues yo me creía capaz de crear mi propio manantial narrativo. Lo que no sabía con precisión era cómo hacerlo, hasta que una noche, después de mucho pensar y pensar, la resolución, nítida, reveladora, definitiva, se formó en mi mente: yo sería el creador de la literatura sobre zombis.

Claro que ya se habían escrito varios textos sobre zombis, pero todos eran de una mediocridad desesperante. Me propuse, pues, usar el método Poe de composición de cuentos para desarrollar aquel subgénero fantástico de manera auténtica e innovadora. Con estos pensamientos en mi cabeza, escribí *Zombi subterráneo*, mi primer cuento funda-

cional. Lo envié a tres o cuatro revistas literarias digitales y esperé por espacio de un mes, pero no obtuve respuesta. «Es normal», pensaba. «¿Cuántos editores de revistas literarias son capaces de comprender el trabajo de un genio?». También envié el relato a varias páginas web que ofrecían empleo a redactores independientes, pero al cabo de otro mes, la espera de nuevo resultó infructuosa. Una madrugada en la que navegaba por internet sin ningún interés concreto, encontré una revista literaria llamada, precisamente, Revista Literaria, que contenía solo textos de su directora (Ana García, una poetisa bastante mala), pero en la que se decía que recibían aportaciones de nuevos colaboradores. Envié mi cuento y, a la mañana siguiente, Ana me respondió por correo electrónico informándome que lo publicaría, y hasta me invitaba a seguir colaborando con ella. Esa noche, en efecto, el cuento apareció en la revista. Para mí, este hecho supuso el inicio de mi auge como escritor: ¡si el texto se publicaba, era porque la directora de la revista lo consideraba excelente! ¡Seguramente, le había gustado! ¡Incluso podía ser que ella hubiese logrado captar la dimensión superlativa de mi talento! Huelga decir que nunca me había sentido más feliz en mi vida.

Con el transcurrir de los meses, envié más cuentos sobre zombis a la Revista Literaria, los cuales

se fueron publicando sin demora. Por otro lado, culminé mi carrera universitaria con buenas calificaciones, pero sin intención de ejercerla, de manera que tuve que buscar empleo como un bachiller más de la república. Después de postularme en las ofertas laborales más diversas, fui contratado como teleoperador en un pequeño call center. Mi horario de trabajo comprendía la jornada laboral completa (de 8:00 a.m. a 5:00 p.m.), de lunes a viernes. Al principio, intenté seguir escribiendo por las noches y los fines de semana, pero la realidad era que, durante mi tiempo libre, ya solo quería descansar, aunque tuviera que soportar los retortijones de conciencia por no ponerme a escribir. Creo que ese fue el motivo por el que comencé a entregarme al alcohol. Usaba mis módicas quincenas para comprarme, por lo menos, una botella de aguardiente o de anís. Bebía siempre al llegar a casa, escuchando música clásica en mi cuarto y cuidándome de no estar ebrio a la mañana siguiente.

Aunque parecía imposible, me las arreglé para seguir escribiendo cuentos al paso de las semanas. Intenté publicarlos en revistas literarias de otros países, sin el más mínimo éxito. La única revista que se atrevía a presentar mis textos ante los lectores era mi siempre fiel Revista Literaria, así que decidí premiarla enviándole mi primer rela-

to de ciencia ficción intrigante. Me explico: de la misma manera en que Edgar Allan Poe creó el género policial con la publicación de *Los crímenes de la calle Morgue* en abril de 1841, yo, en agosto del 2012, creaba un nuevo subgénero fantástico con mi narración, titulada *Exploración estelar*. Es una historia donde un personaje deambula por un paisaje extraño, topándose con objetos y seres nunca vistos, hasta que se hace evidente para el lector que el personaje se encuentra en algún planeta de nuestro sistema solar. Solo los más atentos, los más perspicaces lectores, pueden reconocer que se trata del planeta Marte.

Por aquellos días, me encapriché con una compañera de trabajo, cuyo nombre no es necesario que refiera. Lo importante es que desarrollé con ella algo parecido a una bonita amistad, reducida a sazonadas conversaciones durante la jornada laboral. Llegué a quererla mucho y creo que ella también me quiso, pero todo se esfumó en nuestra primera y única cita, un sábado en que tuve la torpeza de presentarme ante ella bastante alcoholizado. La chica desahogó su indignación en improperios contra mí («borracho», «pobre diablo», etcétera) antes de abandonar el café donde nos encontrábamos. Esa decepción me llevó a beber todavía más, hasta el punto de que el lunes siguiente llegué tambaleándome al trabajo, y más tardé en balbu-

cear una excusa que en recibir una Notificación de Despido enviada por el Departamento de Recursos Humanos. Mi desazón era tan grande, tan honda, que esa misma mañana busqué y encontré mi primer porro de cannabis.

En las semanas que siguieron, logré moderar un poco mi consumo de alcohol y de marihuana, de modo que estuve presentable en las casi infinitas entrevistas de trabajo a las que asistí. Por fin, me contrataron como televendedor en un call center de mala reputación y cuya remuneración era por demás exigua. El horario de labores era el mismo de mi anterior empleo, por lo que volví a tener cierta estabilidad en mi rutina diaria. Por las noches, de nuevo, bebía y también fumaba, pero aprovechaba los pequeños intervalos de lucidez, aún con la visión algo borrosa y con la respectiva sensación de bienaventuranza que me embargaba, para escribir más relatos de ciencia ficción intrigante. Envié algunos de ellos a concursos literarios nacionales e internacionales, pero mis únicos premios fueron unos pocos correos electrónicos de agradecimiento por haber participado. Los precios de los alimentos más básicos, por cierto, se dispararon entonces. Lo que ganaba en mi trabajo apenas me alcanzaba para comer frugalmente dos veces al día.

Creo que toda persona que haya tenido una vida medianamente corriente, sin grandes sucesos

provocados o acaecidos, sin grandes fracasos o victorias, sin mayores hechos dignos de recordarse, sentirá que el tiempo transcurre siempre hacia adelante, si bien es cierto que a mayor velocidad a medida que avanza. Pero quienes hayan caído, como yo, en las más recónditas entrañas de la angustia, de la desesperación, de la sensación de no existir, o de ser un cadáver viviente, un penoso fantasma de uno mismo, comprenderán que el tiempo avanza a tal velocidad, que no es posible captar su movimiento, y que un día puede percibirse del mismo modo que una semana, un mes o un año. Digo esto porque esta etapa oscura de mi existencia se extendió durante diez años. Sí, diez años de empleos mediocres, de fracasos amorosos, de pobreza, de alcohol y de cannabis, pero también diez años de literatura. De hecho, estoy convencido de que gracias a las *Narraciones extraordinarias* y a la escritura de mis cuentos de zombis y de ciencia ficción intrigante fui capaz de sobrevivir a ese purgatorio mío. De no haber sido por la literatura, es muy probable que yo hubiese sucumbido al suicidio.

Y fue precisamente la literatura, con su naturaleza implacable, la que arrojó el salvavidas definitivo sobre mí. Yo acababa de cumplir treinta y un años y sentía que aún no había logrado escribir mi obra capital. Es cierto que me sabía destinado al ano-

nimato en vida, pero hasta el propio Poe se había vuelto una celebridad en su país gracias a la publicación de su poema *El cuervo*. Por lo tanto, también me correspondía alcanzar alguna notoriedad entre mis contemporáneos gracias a la escritura de alguna ficción famosa. Para mí, esa ficción sería un cuento que yo había ido concibiendo con minuciosidad durante años y que solo entonces me decidí a escribir. Se titula *Zombi enamorado*. Bien sea porque es pertinente hacerlo, bien sea por vanidad, presento su argumento a continuación:

Una mañana, una pandilla de zombis intenta explorar un pueblo del páramo venezolano en busca de personas o cadáveres humanos qué comer, pero el pueblo está abandonado. Uno de los zombis se adentra en un bosque cercano durante varios minutos, hasta llegar a un claro donde una hermosa visión lo sorprende: allí, en medio de la hierba, se levanta una mesa de piedra sobre la que descansa el cuerpo de una mujer joven. El resplandor del sol ilumina el rostro de la dama, cuya piel clara, cabello oscuro y vestido de seda color azul cielo, maravillan al zombi. Este se acerca a la mujer, convencido de que se trata de un cadáver, pero un cadáver que le gustaría admirar unos minutos antes de devorarlo. Durante esos minutos, el zombi contempla las facciones sutiles de la mujer, su nariz fina, sus labios rosados y peque-

ños, y decide prolongar esos minutos un poco. Pasa una hora, pero ya el zombi no quiere comerse a la mujer, sino estar con ella, y comienza a acariciarle los cabellos, el mentón, los hombros. Transcurren más horas y el zombi comienza a hablarle, le confiesa que no le gusta ser un zombi, que odia su naturaleza actual y que añora su pasado humano. Así, llega el mediodía y el zombi advierte que su piel grisácea comienza a esclarecerse, sus rasgos bastos comienzan a hacerse más delicados, su apetito de carne humana comienza a desaparecer. Entretanto, sigue hablando con la mujer y le confiesa que la quiere mucho, y le dice todo lo que podrían hacer juntos si ella estuviera viva, a dónde escaparían, cómo sería la casa donde vivirían su amor, cuántos hijos tendrían. Llega el ocaso y el sujeto está asombrado porque ha recobrado su condición humana por completo. Se regocija con la belleza de los árboles que lo rodean, con los leves tonos del cielo. De pronto, escucha que una horda de zombis se acerca por el bosque. El hombre, entre lágrimas, besa la mano de la mujer y se despide de ella. Cuando se gira para emprender la huida, la mujer se despierta.

Si no me equivoco, esta historia es la más bella y la más significativa de cuantas he escrito. Tengo el texto íntegro a la vista en este momento y sigo pensando que su factura es impecable, lo cual in-

crementa mi desconcierto por lo sucedido una vez que lo hube enviado a la Revista Literaria: sin un motivo aparente, Ana se negó a publicar el cuento. Cuando le pedí alguna explicación por tamaño insulto a mi persona y a mi talento, me convocó a una reunión en uno de los cafés de la ciudad. Creo que, en mi lugar, nadie más hubiera estado preparado para asimilar lo que ella me dijo entonces.

Estábamos sentados a una mesita de madera sobre la que descansaban dos humeantes tazas de café. Me fijé unos instantes en la abundante cabellera ondulada de Ana, en sus grandes anteojos, su cara pálida y angulosa. Tras habernos saludado, nos habíamos quedado en silencio. Rompí el hielo:

—Me agrada verte. Es bueno reunirse con amigos en tiempos como estos.

—¿Me consideras tu amiga? —preguntó.

—Así es. Sé que hemos interactuado, sobre todo, a través de correos electrónicos y mensajería instantánea, pero eso no quiere decir que nuestra amistad no es real.

—Ahora que lo pienso —dijo, con una tímida sonrisa—, es verdad que hemos llegado a ser amigos.

—¿Para qué querías verme?

—Mira, Leonel —comenzó a decir, cambiando de tono—, he tomado una decisión muy importante y creo que lo mejor es enterarte personalmente... Tú has sido el único que ha confiado en

mi publicación durante diez años de continua colaboración, por lo que mereces saberlo con antelación: voy a cerrar la revista.
—¿Por qué?
—Ni siquiera es una revista —murmuró, con desdén—. No es más que un blog…
—Sigue siendo una revista literaria.
—Como quieras —concedió—, pero el motivo del cierre es evidente: la revista ha sido un rotundo fracaso. En todos estos años, hemos recibido muy pocas visitas y ningún comentario. Nadie la menciona en ninguna parte. Nadie la conoce. De hecho, no sabemos si los pocos internautas que se atrevieron a visitarnos en realidad leyeron los textos, que son todos malos, además…
—¿Crees que mis cuentos son malos?
—Bueno, también quería hablarte sobre eso —señaló, muy seria—. Yo aplaudo y admiro tu tenacidad y tu dedicación a la escritura, pero creo que ya es tiempo de que admitas la verdad: eres un mal escritor. No tienes el talento necesario para hacer literatura de calidad y nunca lo tendrás: con eso se nace, no se hace, y tú no has nacido con ello... Eres un hombre joven. Yo te sugiero que te dediques a hacer otra actividad para la que estés mejor dotado y puedas obtener mejores resultados. Te lo digo en serio.
—¿Qué dices…? ¡Si ahora pienso enviar mis cuentos a una editorial para que los publique…!

—No lo hará —me cortó—. Y no lo hará por el mismo motivo por el que no has ganado concursos literarios y por el que no has logrado conseguir empleo como redactor. El mismo motivo por el cual seguramente has enviado cuentos a otras revistas literarias y no te los han publicado: eres malo escribiendo. Entiéndelo ya.

—La gente no puede admirar lo que no comprende…

—Tú no eres ningún genio incomprendido —afirmó, poniendo los ojos en blanco—. Sácate esa idea ridícula de la cabeza. Lo que sucede es que tus historias son banales, insípidas, repetitivas. A nadie le interesan. Sigue mi consejo, Leonel, y tendrás una vida mejor. Dedícate a otra cosa.

Debo de haber salido del café inmediatamente, porque lo siguiente que recuerdo es que unos minutos después yo estaba en mi cuarto, sentado frente a mi laptop encendida con el *Réquiem* de Mozart a todo volumen, mientras releía con detenimiento todos mis cuentos, uno por uno. Y entonces, quién sabe por obra de qué prodigio, comencé a reconocer que mis textos tenían fallas de estilo, que desarrollaban conflictos débiles e inconsistentes; y tuve la sensación de que una pequeña grieta nacía en mis emociones. Seguí leyendo y detecté lugares comunes en mis relatos sobre zombis, supe que mis supuestos cuentos de ciencia ficción intrigante no tenían nada que ver

con la ciencia ficción, ni con la intriga, y en algunos casos ni siquiera eran cuentos; y sentí que mi grieta se ensanchó en una explosión devastadora que humedeció mis ojos. Continué con la lectura y me pareció que aquellos textos no eran sino insultos a la memoria de Poe, escupitajos verbales de un igualado; y mis ojos derramaron lágrimas ardientes por mis mejillas, y chillé. Relámpagos dolorosos de verdad abrieron mi entendimiento, horadaron mi orgullo, incendiaron mi espejismo de Leonel Centeno, murmurando que yo no era ningún genio, que nunca lo había sido, que nunca lo sería. Una plañidera voz mental confesaba que mi parecido con Poe era falaz, postizo, artificial. Un aullido interior anunciaba que yo no había logrado engañar a nadie más que a mí mismo, y eso a medias, porque siempre supe que mi anhelo de sobresalir entre los demás, mi sed de gloria literaria, era un mero intento de recuperar a la mujer que amaba, de demostrarle que había dejado al mejor hombre que podía conocer, de hacerle ver que aquél maldito con el que se había quedado era inferior a mí, peor que yo en todos los sentidos; y descargué mis puños en la laptop, y grité y me clavé las uñas en las palmas de las manos. Y me derrumbé en el suelo, considerando que la farsa había terminado, que mi amada jamás volvería a mis brazos, y que en mi insensatez y mi

necedad yo había perdido lo más bello que tenía: había perdido mi juventud.

III

Otros diez años han pasado desde que ocurriera el evento relatado al final del capítulo anterior. Ahora que soy un hombre de cuarenta y tantos años, envejecido físicamente, pero con una gran vitalidad, quiero compartir con ustedes el estado actual de mis asuntos, de la manera más concisa posible.

Soy Gerente de Operaciones en la Aduana Marítima de La Guaira, posición que obtuve gracias a mi excelente desempeño en el ámbito aduanero durante los últimos años, aunado al hecho de que hoy ostento mi título de Licenciado en Administración Aduanera, además de mis dos estudios de postgrado en la materia. Vivo con mi cariñosa esposa y mis dos adorables hijos en la misma casa de siempre (que ahora es mi propiedad, recibida como herencia tras la muerte de mis padres, ocasionada por una extraña enfermedad). Hace dos lustros que no pruebo una sola gota de alcohol, ni consumo la más minúscula cantidad de cannabis, ni de ninguna otra sustancia semejante.

Con respecto a la literatura, señalo que mi cuento *Zombi enamorado* se ha publicado en algunas de las revistas literarias más prestigiosas de habla hispana, y también ha aparecido en varias antologías

internacionales de cuento hispanoamericano. Sin embargo, el mayor contento lo recibo de mis amigos (con la irónica figura de Ana a la cabeza), pues a estos les gusta oírme leerlo en voz alta en nuestros encuentros. Por lo demás, no había escrito ninguna otra narración, hasta ahora. Sobre este punto, quiero hacer un comentario.

En mis momentos de soledad, o en mis infrecuentes ratos de ocio, no puedo evitar pensar en los diez años en los que intenté aniquilarme sin saberlo. Cuando recuerdo la melancolía que me dominaba entonces, el irremediable dolor, la imbatible sensación de pérdida, me invade la conmiseración y me resulta imposible contener el llanto. Y me asombra que, a pesar de todo, yo haya tenido el coraje y la determinación de ir tras un sueño, y que la esperanza implícita en ese coraje y en esa determinación alimentara mi voluntad de seguir existiendo. Me estaba convirtiendo, sin que lo notara, en un genio. Pero no en un genio literario, como yo pretendía, sino en un genio de la existencia misma, consumado ahora en su arte insólito… ¿Quién puede compararse conmigo? He visto el rostro de la abyección y de la honradez, de la agonía y del renacimiento, de la locura y de la sensatez. Soy más que mi propio demiurgo: soy el autor y la obra, soy el poema y la pluma, soy la voz y el canto… ¿Quién puede compararse

conmigo? En este tiempo, tengo una historia digna qué contar; en este tiempo en el que degusto el divino, exquisito, incomparable sabor de la gloria; en este tiempo en que abrazo, pleno de pasión y satisfacción, el destino más augusto al que puede aspirar un individuo: ser sin fronteras, ser en toda condición, ser a toda costa y contra todo, ser por una vez y para siempre… ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién puede compararse conmigo?

Apéndices

Una simple historia: El narrador del tren

Serían las seis y media de la mañana cuando abordé el tren en la estación del páramo. El vagón estaba vacío, como es natural en el nacimiento de cualquier red ferroviaria, pero aquella mañana lucía más vivo que de costumbre, con sus asientos acolchados distribuidos en parejas, unas de espaldas y juntas a las paredes del tren y otras perpendiculares al pasillo, bajo una potente iluminación blanca que descendía de los largos bombillos superiores, todo ello invadido por un aire acondicionado superfluo y cruel. Escogí un asiento con ventana, como hago siempre. Me crucé de brazos y apreté mis dedos enguantados sobre la gruesa chaqueta que llevaba puesta, al tiempo que movía mis piernas ligeramente en un intento de transmitirle calor a mi jean y mis botas de excursionista. Me aseguré de que el pasamontaña sobre mi cabeza cubría bien mis orejas, mientras otros pasajeros ocupaban algunos de los asientos libres del vagón. Miré por la ventana y contemplé el andén casi vacío, en donde unos pocos vendedores ambulantes corrían hacia el tren sujetando sus mercancías. Ya se escuchaba el timbre que anunciaba el cierre de puertas cuando lograron entrar.

La última persona que ingresó, sin embargo, fue un hombre con aspecto de indigente. El tren cerró sus puertas y se puso en marcha, y solo entonces el hombre esbozó una sonrisa triunfal. Al instante pensé que semejante individuo no podía ser sino un ladrón.

Incapaz de mirar hacia cualquier otra parte, observé con atención al sujeto, que iba recostado de las puertas. Vestía un delgado sweater de algodón, anticuado y mugriento; por las mangas y el cuello se podían ver asomadas otras prendas que subsistían debajo, supuse que camisas de manga larga u otros sweaters, probablemente descuidados. Usaba asimismo un blue jean muy desteñido, sucio, roto en las rodillas, y tan corto que dejaba al descubierto las bocas de dos medias grises sobre los zapatos, de modelo deportivo, rotos y sin trenzas. Asumí que el hombre escondía un revólver. «Si se ha metido en este tren, es para robar», razoné, y en seguida fingí que admiraba el paisaje neblinoso que se ofrecía ante mi ventana. Vi unos pocos automóviles que circulaban por la autopista, y vi también, más allá, las casas bajas, apenas tocadas por la claridad del alba, desprendiéndose con pereza de la niebla matutina. Pero, al mismo tiempo, veía al inquietante desconocido.

Los demás pasajeros parecían no haber notado su presencia. En especial, los vendedores ambu-

lantes, que no perdieron tiempo para comenzar a ofrecer sus mercancías. Recorrían el vagón de extremo a extremo, ofreciendo golosinas, afeitadoras, lápices de colores, calcomanías. En pocos minutos se dieron cuenta de que nadie les compraría nada, de modo que se fueron a otro vagón abriendo la puerta respectiva. Entonces el hombre sospechoso caminó hasta el centro del pasillo y miró a los lados. «¡Llegó la hora!», pensé, alarmado. Pero no tuve tiempo de pensar nada más, pues el individuo proyectó su voz por todo el recinto, diciendo:

—Muy buenos días tengan todos los que me acompañan en este viaje. Es una suerte para ustedes que yo me encuentre aquí, pues de otro modo este sería un trayecto bastante aburrido. Soy un tipo sencillo que solo vive para contar historias. Así es. En mis cuarenta años de vida, he narrado cuentos de todo tipo. Usted solo dígame qué relato quiere escuchar y yo se lo contaré con sumo placer, a su medida, como a usted le guste. Conozco cuentos cómicos, cuentos fantásticos, cuentos políticos, cuentos trágicos, cuentos filosóficos, cuentos chinos y hasta cuentos imposibles. Pero no vayan a creer que son cuentos ajenos, ¡no, señor! Los que yo narro son cuentos propios, todos míos, concebidos y elaborados por mí para satisfacer el gusto de usted. Les aseguro que nadie le ha conta-

do jamás alguna historia como las mías. Atrévase a escucharme, aunque sea un único relato, y verá cómo hago que usted tenga un viaje memorable. Será una felicidad por poco dinero. Porque esta es la mejor parte: usted primero escucha el cuento y luego me paga lo que considere. Y si la narración no le gusta, entonces no me paga nada y todos tranquilos. Mejor oferta no existe, señores. Vamos a empezar ya mismo para que no se me duerma. ¡Vamos! ¿Quién quiere un cuento? ¿Quién quiere divertirse con una buena historia?

Un señor mayor, gordito, de pelo blanco, que estaba sentado al otro extremo del vagón, le habló al supuesto narrador de manera que todos lo escuchamos. Le dijo:

—¡Yo quiero que tú me cuentes una narración soberbia!

—¡Claro que sí! —replicó el vendedor—. ¿Qué tipo de narración?

—¡Mira, lo que pasa es que me acabo de divorciar y la arpía de mi ex mujer se quedó con todo! ¡Me dejó en la calle! ¡Cuéntame un cuento donde yo ejecuto mi venganza! ¡Eso es lo que quiero, y que la desgraciada muera al final!

—Perfecto —dijo el vendedor—. Una historia trágica de venganza. Ya mismo se la narro.

Caminó hasta donde estaba sentado el señor, le estrechó la mano cortésmente y se sentó a su

lado. Comenzó a hablar con él. Desde luego, yo no alcanzaba a escuchar lo que le decía, pero vi que el señor asentía con la cabeza. Durante los siguientes minutos, el vendedor continuó expresándose, al tiempo que el señor exclamaba «¡Así es!» o batía palmas. Después de una media hora, el primero se quedó en silencio y el último comenzó a aplaudir.

—¡Miren, este es el mejor cuento que he escuchado en mi vida! —vociferó el señor—. ¡Vendedores así, se merecen toda la plata del mundo!

El vendedor, quien al parecer era un narrador de verdad, murmuró algo. El señor sacó unas monedas de su bolsillo y se las entregó. De inmediato, el narrador se levantó y dijo en voz muy alta:

—Ya ven, señores. Primer cliente satisfecho. Pregúntenle y verán que no miento: mis cuentos son los mejores del mundo. ¡Vamos, atrévanse a escuchar mis relatos! ¿Quién más quiere probar? ¿Quién desea entretenerse con una buena historia?

Frente a la ventana opuesta a donde yo me encontraba, una mujer joven viajaba con un niño. El chico tendría unos seis años. Miraba el suelo y parecía triste. La mujer le habló.

—¿Cómo te sientes, hijo? ¿No quieres escuchar un cuento?

El niño se alzó de hombros, sin dejar de mirar al suelo.

—¡Señor! —llamó la mujer—. ¡Mi hijo quiere escuchar un relato!

El narrador se acercó rápidamente hasta situarse frente al niño. Se arrodilló y le dijo:
—Hola, campeón. Tu madre me ha dicho que quieres escuchar una historia. ¿Eso es verdad?
El niño volvió a alzarse de hombros, con la mirada fija en el narrador.
—¿Cómo te llamas?
—Aarón —musitó el niño.
—¿Aarón? ¿Aarón? Yo conozco un cuento de un niño llamado Aarón, un héroe que liberó a todo un pueblo de la opresión. ¿Te gustaría escucharlo?
—¿Hay dragones? —preguntó el niño.
—Uno solo —respondió el narrador—, porque el dragón de esa historia es el mejor amigo de Aarón, de manera que siempre van los dos juntos en busca de aventuras.
—¿Y quién oprimía al pueblo?
—¡Ah, esa es una buena pregunta! Pero debo contarte desde el principio, Aarón. Escucha: hace muchos, muchos años, existieron hombres que podían vivir bajo el mar…
Y le contó una historia sobre una aldea submarina en la que sus habitantes, desde el más joven hasta el más viejo, vivían esclavizados por la maligna raza de los hombres-peces, unos seres con cuerpo humano y cabeza de pez, quienes, armados de lanzas y espadas, obligaban a los humanos a extraer petróleo cavando con un pico y una pala. El

petróleo extraído se depositaba en grandes cuencos que los hombres-peces enviaban a la superficie, donde unos misteriosos seres los recibían y dejaban caer grandes cantidades de alimento para peces. Los humanos, por su parte, consumían las escasas algas que arrancaban de entre las piedras marinas, de modo que todos eran famélicos y muchos morían de pura desesperanza. Entonces llegaba un niño llamado Aarón, quien también podía respirar bajo el agua, y se batía en desigual combate contra los hombres-peces que lo cercaban poco a poco, hasta que aparecía el fiel dragón anfibio del héroe y calcinaba con su fuego a todos los enemigos, incluyendo los misteriosos barcos de las alturas donde vivían los aliados de los hombres-peces. Por último, los aldeanos liberados proclamaban rey a Aarón, quien los conducía hasta una nueva tierra submarina donde brotaban deliciosas frutas del suelo y donde no existía el mal.

—¡Yo seré como Aarón! —exclamó el niño, tras escuchar el relato—. ¡Conseguiré mi dragón y juntos haremos muchas hazañas!

—¡Muy bien! —comentó el narrador.

—Ay, muchas gracias, señor —le dijo la mujer—. Tenga.

Y le entregó unas monedas. El narrador, sonriente, se puso de pie y volvió a ofrecer sus cuentos a los pasajeros del vagón. En el transcurso de una

hora, otras tres personas le pidieron relatos (dos de ciencia-ficción y un relato erótico). La gente, al parecer, gustaba de solicitar en voz alta lo que deseaba, quizá en un intento inconsciente de compartir sus gustos literarios con los demás. Y el narrador, siempre diligente, parecía satisfacer plenamente las demandas del público. Además, demostró ser un sujeto bien educado, pues cuando fue evidente que ya nadie quería escuchar más cuentos, se retiró a otro vagón.

Afuera del tren, la neblina se había disipado. Era cada vez más débil y escurridiza entre la vegetación del páramo que se extendía a las faldas de las montañas, altas y nevadas, iluminadas por un sol ascendente. Yo observaba el paisaje mientras me debatía entre el alivio por no haber sido la víctima de un robo y la curiosidad por escuchar más cuentos del peculiar narrador. Supuse que en aquel momento él estaría contando otra buena historia. «Si tuviera dinero», pensé, «le compraría un relato». Y, sintiéndome pobre y desdichado, me quedé profundamente dormido.

Desperté cerca del mediodía. Por la ventana se veía un paisaje distinto. Despabilándome, distinguí la sabana ancha y yerma bajo el sol alto. A los pocos segundos, el tren ingresó en el andén de la estación intermedia, la de los llanos. Se detuvo y abrió sus puertas. Algunos pasajeros lo aban-

donaron, otros tantos lo abordaron. De pronto, sentí el vapor que había entrado por las puertas abiertas y me quité el pasamontaña, la chaqueta y los guantes. Los doblé y me los puse en el regazo. A través de mi camisa playera, percibí débilmente el frío del aire acondicionado. Cuando las puertas se cerraron y el tren reemprendió la marcha, escuché que una persona ingresó desde otro vagón: era el narrador.

Caminó, de nuevo, hasta el centro del pasillo, miró a los lados y dijo:

—Quizá algunos de ustedes ya me conocen: ¡soy el mejor narrador del mundo! Nací para contar historias. A eso me dedico. No lo hago por dinero, sino por vocación. Siempre estoy esperando que alguien me pida un cuento para echar a andar mi imaginación y construir un buen relato. ¿Qué es la vida humana sino una narración de principio a fin? Algunos dicen que el narrador es Dios. Otros, que el narrador es el propio protagonista. También hay quienes son testigos de sucesos ajenos. Y lo mejor de todo es que cada cuento es distinto, y no todos suceden en los mismos lugares. Fíjense ustedes: este tren comenzó su desplazamiento en Los Andes y ahora estamos en plena sabana. Así como el tren resiste varios ambientes, yo puedo ambientar historias en donde se me antoje. Mis narraciones pueden tener como

escenario el desierto, la selva o la costa. También tengo cuentos que suceden en la montaña, bajo tierra, en la Antártida y hasta en la luna. Pero si a usted le gustan los sitios cerrados, puedo contarle acontecimientos que pasan dentro de un restaurante, en un salón de clase, en una oficina, en una habitación o en el baño. Usted solo dígame dónde quiere que ocurra algo extraordinario y yo me encargo de lo demás. ¡Atrévase a escuchar una de mis historias y deleite su viaje! Recibo lo que usted quiera darme, y a cambio le regalo una experiencia inolvidable. ¡Vamos! ¿Quién quiere emocionarse con un cuento? ¿Quién desea soñar despierto mientras viaja a su destino?

El narrador recorrió el vagón preguntando quién quería escuchar un relato, pero nadie le respondió. Terminó por sentarse, curiosamente, a mi lado, y cerró los ojos. Transcurrió cosa de una hora, durante la cual me dediqué a mirar por la ventana la ancha llanura, que parecía infinita y esplendorosa. Entonces un adolescente, delgado y con la cara llena de granos, que había estado sentado no muy lejos de mí, se levantó y caminó hasta detenerse frente al narrador. Este abrió los ojos.

—Pana, cuéntame una historia —le dijo el joven—. Estoy que me caigo del sueño en este condenado tren.

—Hay un relato que sucede en una ciudad donde siempre es de noche, y donde hay una discoteca

en cada esquina. Las entradas y las bebidas son gratuitas, y por cada hombre que hay en la pista de baile, hay tres chicas a las que les gusta bailar.
—Suena bien —dijo el adolescente.
Entonces el narrador relató su cuento. Acababa de terminar y recibir su paga (dos o tres billetes de baja denominación) cuando otras dos personas llegaron a pedirle dos historias. Y él las narró, una después de otra. Recuerdo que la primera sucedía a dos enamorados al pie de un volcán en erupción y que la última tenía como escenario una trinchera durante la Primera Guerra Mundial. Luego, llegó un cuarto pasajero a escuchar otro relato. Y así, en el transcurso de tres o cuatro horas, el narrador contó varios cuentos más, en donde el rol protagónico lo ostentaban los distintos ambientes evocados por su ingenio.
Hacia las cuatro de la tarde, la ventana del tren mostraba un nuevo panorama: el del mar infinito, bajo un cielo despejado con un sol descendente. La vía férrea atravesaba una larga y estrecha franja de tierra que parecía flotar en medio de las aguas. Un viajero inexperto e inclinado a las exageraciones podría haber pensado que el tren jamás terminaría de avanzar, pero yo sabía, dado que había hecho ese trayecto muchas veces, que ya nos acercábamos a la última estación, la de la costa. Y eso también lo sabía el narrador de

cuentos, pues en cierto momento se levantó de su asiento, caminó hasta el centro del pasillo y dijo con una voz enérgica y audible para todos:
—Es una costumbre de los buenos narradores dejar lo mejor para el final, y yo no soy la excepción. Ahora que se acerca el término de nuestro viaje, vengo a ofrecerles mis historias más conmovedoras, genuinas semillas de piedad, pasión y asombro. Pero estos no son relatos ejemplares de magia y maravilla. ¡No, señor! Son muestras convincentes de vidas humanas comunes y por eso mismo extraordinarias. ¿Quién no ha tenido una experiencia interesante qué contar? Muchos de ustedes podrían relatarme un buen cuento, estoy seguro. Lo interesante está en que mis relatos pueden pasarle a cualquiera, y hasta puede darse el caso de que ya le hayan ocurrido antes de que yo se lo cuente. Pero cada persona es irrepetible y por eso mis historias son irrepetibles también. En mi haber, tengo cuentos sobre hombres solitarios y tímidos, también sobre mujeres intrépidas y bohemias; tengo cuentos sobre niños prodigiosos y sobre abuelos malévolos; tengo cuentos sobre parejas de amigos y sobre parejas de enemigos, también sobre hermanos que se aman y se odian al mismo tiempo; tengo cuentos sobre trillizos y sobre grupos de amigos; tengo un cuento sobre un hombre y un perro, y otro sobre un gato y

un ciego; tengo cuentos sobre los personajes que usted quiera. ¡Atrévase a escucharlos! ¡Vamos! ¡Alcance la dicha por una moneda, la profundidad de contemplar la existencia por un billete! ¡Hágalo ya mismo!

Creo que este último discurso del narrador despertó el interés de los oyentes, porque en seguida comenzaron a pedirle relatos. El hombre se pasó varios minutos de un pasajero a otro, contando sus historias, esta vez más breves.

Un murmullo animado había despertado en el vagón, como sucede siempre que el tren se aproxima a la última estación. Miré otra vez por la ventana y me fijé en que el horizonte comenzaba a verse erizado de pequeños edificios. Calculé que llegaríamos a la costa en unos veinte minutos. Fue entonces cuando el narrador se sentó a mi lado, como un fantasma súbito, y me dijo:

—Buenas tardes, señor. ¿Ha tenido un viaje agradable?

—Muy agradable —respondí—. Pero no me llames "señor"; soy de la misma edad que tú.

—A estas alturas, uno ha vivido mucho y por eso tiene mucho qué contar —comentó, en tono confidencial.

—Sé a qué te refieres —repuse—, pero no tengo dinero. Gasté lo poco que me quedaba en el pasaje.

—Antes, el dinero alcanzaba para tener una vida digna, pero ahora… —suspiró.

—Veo que a ti te va bien vendiendo cuentos.
—Puedo procurarme mi alimentación diaria, pero nada más.
—¿Vives en la calle? —me atreví a preguntar.
—Durante el día, trabajo en algún tren y por la noche duermo junto a cualquier estación, sobre cartones o en el suelo pelado… Eso no importa…
—Yo he viajado varias veces en este tren y nunca te había visto.
—Es porque soy nuevo aquí. Mi terreno predilecto era el metro de la capital, pero después se desató la delincuencia y tuve que buscar otros rumbos.
—Entiendo… ¿Y no has pensado en buscar un empleo de verdad, que te permita por lo menos pagar un alquiler?
Soltó una risa profunda, como indignada.
—Lo he intentado —murmuró—, pero sucede que no puedo dedicarme a otra cosa que no sea narrar historias. Soy demasiado torpe para ejecutar cualquier otra tarea, por sencilla que sea. No he durado más de un mes en ningún puesto de trabajo. Me despiden por incompetente. Además, cuando no estoy ejerciendo mi vocación de narrador, me siento como asfixiado y angustiado, me deprimo, me pongo de mal humor, y me parece que la vida es una porquería. Nadie puede vivir así… Por eso creo que la libertad no existe. Soy un esclavo de mi oficio, aunque

un esclavo feliz. Si mi condena es dedicarme a contar historias a costa de todo lo demás, pues que así sea.

Me quedé observando al narrador, sin saber qué decir.

—Pero no me senté aquí para hablar de mí, aunque los narradores tenemos esa mala costumbre —agregó, en otro tono—, sino para contarte un cuento. Eres el único pasajero que viene de la primera estación y que no ha sido mi cliente. Pero tranquilo, este relato será gratuito. La próxima vez, sí tendrás que pagar, ja,ja,ja,ja… A ver, ¿qué tipo de narración prefieres?

—Me gustan los cuentos de Edgar Allan Poe. De hecho, he tratado de escribir como él, aunque no soy muy bueno...

—Tengo el relato idóneo para ti. Escucha…

Y me narró una historia muy interesante sobre un escritor que intentaba emular por todos los medios al maestro norteamericano, pero que no conseguía ser más que un mal parodista. Harto de sus fracasos, el aspirante a discípulo procuraba ser original, explorar todas las posibilidades que ofrece la creación literaria, siempre a contrapelo de Poe, y terminaba por ser uno de los más grandes autores del siglo, influyendo a muchos otros literatos después de su muerte. Por su capacidad imaginativa, por la profundidad en el tratamiento de sus temas, por sus insólitas anécdotas narra-

das, se lo consideraba, por unanimidad, el heredero legítimo de Edgar Allan Poe.
Le confesé al narrador que me había agradado su cuento. Él respondió con palabras seguramente modestas, pero que fueron ahogadas por el estruendo ensordecedor del tren que ingresaba al túnel. Por fin, llegábamos a la última estación. Me despedí del hombre con palabras corteses y afectuosas, me levanté, sujetando mis pertenencias, y me adentré por el pasillo. Momentos después, el tren se detuvo y abrió sus puertas. Justo antes de poner un pie en el andén, miré una vez más al pintoresco personaje: estaba sentado en el asiento que yo había ocupado, recostado de la ventana como si estuviera dormido.

Un (intento de) homenaje a Edgar Allan Poe: El retrato de Carlomagno

Instantes después miré fijamente la pintura.
Edgar Allan Poe, *El retrato oval.*

Siempre creí en la reencarnación. Desde chico, me fascinaba pensar que podía haber vivido en otros tiempos y culturas. Sin embargo, lo que más me emocionaba era la profunda convicción de que, en alguna vida pasada, yo había sido un personaje extraordinario, tal vez un filósofo ilustre, tal vez un gran rey.

Tenía la certeza de que ese pasado augusto había sucedido en una civilización antigua. Pero, ¿cómo saber quién había sido? ¿Habría algún método que me permitiera encontrarme en el tiempo sin que ningún psicoterapeuta o charlatán metiera sus narices en mi vida? Estaba convencido de que sí. Había oído decir que las almas conservan sus manías y gustos a lo largo de sus distintas vidas, incluso, si hay cientos de años mediando entre ellas.

Asumí que si emprendía la ardua tarea de investigar minuciosamente el mundo antiguo para escudriñar algunas biografías notables, podía obtener pistas a la sola mención del color favorito o un

hábito trivial de algún personaje, lo que podía ir llevándome a descubrir mi existencia pretérita.

Empecé a leer con mucha atención las célebres autobiografías de los reyes David y Salomón, además del diario íntimo de Julio César, pero no encontré allí nada interesante para lo que yo estaba buscando. Poco a poco, examiné innumerables biografías, vi incontables documentales, me entrevisté con historiadores y anticuarios, pero sin ningún resultado satisfactorio. Desesperanzado, desfalleciente, decidí acudir a la única persona en el mundo que podía ayudarme: el doctor Sabino Gautama.

A pesar de su apellido extranjero, el doctor Gautama era criollo. Había egresado de la UCV ostentando el título de médico cirujano hacía mucho tiempo. Continuó sus estudios en Estados Unidos en las áreas de Psiquiatría y Psicoanálisis. Su impecable desempeño profesional le valió el reconocimiento internacional, por lo que su fama le permitió ejercer en varias partes del mundo; no obstante, cuatro décadas más tarde, Gautama regresa a Venezuela envuelto en controversiales rumores.

Muchos lo consideraban uno de los hombres más competentes de nuestro tiempo en materia de psiquiatría; otros, lo tachaban de «farsante» y «embaucador», fundamentando sus apelativos en el hecho de que, agotados los recursos de la medicina con-

vencional para solucionar el mal de sus pacientes, Gautama echaba mano a métodos «alternativos». Su destreza con la acupuntura y la reflexología en el manejo de la ansiedad y los trastornos nerviosos, además de otras prácticas como la telepatía y la regresión astral, le habían valido numerosos adeptos, amén de la popularidad ganada por la sanación milagrosa de un caso de lepra.

Los comentarios a favor y en contra del médico terminaron por causarme gran curiosidad. Seducido por su fama y envuelto en una profunda desesperación existencial, le pedí una cita.

El doctor Gautama me recibió en una habitación blanca de techo alto. Una de las paredes era de vidrios corredizos, por los que se veía una pequeña terraza con un jardín y una sinuosa fuente en el centro. Arriba y más allá, el cielo despejado de la tarde parecía inmóvil. El mobiliario del estudio era más bien simple: un diván acolchado de cuero negro, un escritorio sobre el que descansaba una libreta con dos bolígrafos, y un taburete. Junto a una esquina, casi escondida, estaba cerrada la puerta del baño. Mi anfitrión, robusto, de mi misma estatura, de cabello gris y ojos claros, me invitó amablemente a tomar asiento.

—¿Tu nombre es José Alejandro Marín, correcto? —me preguntó de pie frente al escritorio, mientras hacía unas anotaciones en la libreta.

—Sí, así es… —balbuceé, reclinándome en el diván.
—No voltees a verme —declaró, con voz terminante—, mantén tu mirada fija al frente. Relájate y solo responde mis preguntas.
—Está bien. Creo que estoy un poco asustado —confesé, sintiéndome algo estúpido.
—¿Qué edad tienes?
—Diecinueve.
—¿Con quién vives?
—Vivo solo —respondí—. Mis padres murieron hace poco y no tengo parientes.
—¿Frecuentas el trato de algún amigo, alguna pareja? —inquirió, con tono incrédulo.
—No, doctor. Me gusta la soledad.
—Entiendo. ¿A qué te dedicas?
—Trabajo como teleoperador en un call center.
—Muy bien —dijo, dando un suspiro—. ¿Por qué estás aquí?
—Porque quiero viajar a mis vidas pasadas.
—De acuerdo. Ahora, harás lo siguiente: apenas yo termine de hablar, empezarás a contar en tu mente hasta cien, sin ninguna prisa. Concéntrate en tu cuenta, en respirar lentamente y en el rumor de la fuente que está en el jardín. Quiero que te serenes.
Obediente, empecé mi cuenta mental, cuando de pronto advertí un objeto que me había pasado completamente desapercibido. Era un retrato del emperador Carlomagno. Estaba colgado en la

pared que tenía enfrente, a una altura demasiado cercana al techo. Mientras seguía mi cuenta mental y el sonido agradable del agua cayendo empezaba a envolverme, me fijé aún más en la pintura. No podía resistirme.

Lo primero que atrapó mi atención fue la majestuosa vestidura dorada y la larga espada que el personaje sostenía en una mano enguantada. Luego, me fijé en la bola dorada coronada por una cruz, también dorada, que sostenía en la otra mano. Pero fue la cabeza la que me provocó una suerte de hechizo. Por una parte, estaba el rostro que miraba ligeramente hacia mi izquierda, con una expresión de serena seguridad, tal vez reafirmada por los largos bigotes, la barba y el largo cabello grises; por otro lado, estaba la magnífica corona cargada de piedras preciosas hasta la cruz en la que terminaba, arriba. Había otros elementos en el cuadro, pero la distancia y la iluminación irregular me impedían ver con nitidez. El marco plateado, un poco oxidado, de la obra, aumentó mi desconcierto: ¿por qué me había demorado tanto en notarla? Supuse que aquél era uno de esos casos en los que hay un objeto tan visible, que deviene en invisible. Entonces sentí una suave ola de calor recorrerme todo el cuerpo, de arriba abajo.

Seguí contando, adormilado por el rico sonido de la fuente, y a ratos veía el retrato del emperador.

De pronto, sentí que un velo cálido me cubría y mis ojos se empezaron a cerrar despacio. A lo lejos, escuché la voz del doctor diciéndome algo que ya no recuerdo. Entonces solo hubo silencio y oscuridad.

Paulatinamente, como si estuviera despertando de un sueño profundo, las sombras empezaron a desvanecerse. Estaba caminando por una estancia a la vez extraña y familiar: una suerte de patio extenso, cercado por una alta muralla de columnas blancas con capiteles dorados. En el centro, se hallaba una estructura magnífica que parecía un templo, formado por grandes bloques blancos, como de marfil, con un alto pórtico flanqueado por dos gruesos postes cuadrados, al parecer, de madera. Enfrente del pórtico había un gran altar de cobre donde ardía una hoguera, cuyo humo se elevaba al cielo en una densa columna gris blanquecina. Hombres ataviados de blanco con cinturones rojos caminaban por todo el lugar.

Me percaté de que yo era uno de aquellos hombres, y que incluso sujetaba en mi mano un cuerno de carnero. Entonces lo supe: todos éramos sacerdotes y estábamos en el patio interior del Templo de Salomón.

El calor del sol apenas era perceptible y una brisa fresca volaba libremente por el lugar. Cada sacerdote andaba de un lado a otro con rostro grave

y apenas murmurando palabras para sí mismo. Mientras veía todas estas cosas, tres compañeros caminaron hacia mí. Dos de ellos sostenían liras. Al encontrarme, me saludaron y enseguida empezaron a afinar y rasguear las cuerdas de sus instrumentos, de donde brotaban sonidos gratos y coloridos. Me invitaron a soplar mi cuerno de carnero. Con toda naturalidad, introduje la boquilla del instrumento entre mis labios y soplé, pero no se produjo sonido alguno. Todo a mi alrededor empezó a desvanecerse en una sombra espesa.

Cuando abrí los ojos, de nuevo era José Alejandro Marín, tumbado boca arriba en un diván; tenía la ropa empapada en sudor. El doctor Gautama, de pie a mi lado, me miraba fijamente. Me ofreció un vaso de agua con azúcar. Ya empezaba a anochecer.

Me costó reponerme. Estaba muy agotado y con el cuerpo adolorido. El doctor Gautama me felicitó, celebrando eufórico el éxito del procedimiento. No obstante, pensé que aquello era demasiado intenso para mí, razón por la que me levanté como pude, me despedí cortésmente y abandoné el consultorio, prometiéndome a mí mismo no volver.

Pero, ¿quién no ha incumplido una promesa alguna vez? Regresé a la semana siguiente. El doctor Gautama estaba casi tan emocionado como

yo. Me confesó que la mía había sido su primera regresión astral realmente exitosa, por lo que, en lo sucesivo, pondría todo su tiempo, conocimiento y experiencia a mi disposición.

—Así que en una de mis vidas pasadas fui un sacerdote hebreo —concluí, relatándole por enésima vez lo que había visto.

—O un levita —observó el doctor, mientras hacía unas anotaciones en su libreta—. Lo importante es que logramos trasladar tu alma en tiempo y espacio, así que esta vez puede que te sea más fácil viajar a alguna de tus otras vidas.

—¿Esta vez? —pregunté, aterrado.

—¿No es por eso que has venido hoy a verme? —replicó.

Me ordenó acostarme en el diván. Ansioso y lleno de pánico como estaba, obedecí de inmediato. Afuera, en el cielo claro de la mañana, las gordas nubes parecían adheridas al firmamento. Entonces mi mirada volvió a fijarse en el retrato de Carlomagno. De nuevo, la sutil ola de calor recorrió mi cuerpo, y por un instante fui incapaz de mirar a otra parte. Más aún, fijé mis ojos en los ojos de la figura.

—¿Dónde compró ese cuadro, doctor? —me atreví a preguntar.

—En realidad, no es mío —respondió enseguida—. Pertenecía al anterior propietario del estudio. Un historiador, creo. Sigo esperando que regrese por él.

—¿Y por qué no lo ha descolgado?
—No me molesta allí —dijo, encogiéndose de hombros—. Ahora, vayamos a lo que nos interesa. Relájate y cierra los ojos. Concéntrate en tu respiración y en el sonido de mi voz. Esta vez, contaré yo: uno… dos… tres… cuatro…
Y de nuevo, mirando fijamente la pintura, sintiendo cómo me desvanecía, entré en un reino de sombras. Por un momento, me encontré en un estado en el que no tenía conciencia de mí mismo; no sentía frío ni calor, tormento ni paz; no tenía memoria ni perspectiva de futuro. Solo creía estar allí, en la eternidad.
Muy suavemente, desde uno o muchos puntos indeterminados a mi alrededor, empezó a llegar hasta mí un rumor constante, como el griterío de una multitud. El sonido se intensificó hasta hacerse ensordecedor. Detecté un aroma desconocido pero excitante, y sentí ganas de acercarme al origen de aquel olor, cualquiera que fuese, y saborearlo vehementemente, morderlo con fuerza.
Abrí mi boca varias veces, mientras la muchedumbre —definitivamente, era una muchedumbre— gritaba todavía más que antes. El olor desconocido seguía llegando hasta mí, atrayéndome. Empecé a caminar hacia donde me llevaba el inquietante aroma. Sentí arena caliente debajo de mí, pero no a través de mis pies, sino de mis

cuatro extremidades, que me resultaban extrañas: eran muy robustas y gruesas.
Mientras avanzaba, experimenté una respiración poderosa que iba al ritmo indetenible de mis fuertes miembros. Una corriente de viento me azotó la cara, pero pareció perderse al llegar a mi cuello; hasta sentí una agitación extraña al final de mi espalda. Fue entonces cuando distinguí el Coliseo Romano. Sus graderías, bajo el despejado cielo azul intenso, estaban atestadas de gente que vociferaba palabras ininteligibles. Vi con asombro mis dos patas delanteras que clavaban sus garras en la tierra mientras caminaba. Vi a una desgraciada mujer que me miraba horrorizada desde el otro extremo de la arena, chillando y emitiendo un exquisito aroma a carne fresca. El olor, cada vez más intenso, terminó por desesperarme. Corrí salvajemente hacia él. La multitud gritaba enardecida. Con la fuerza de mi cuerpo felino, corrí hacia mi presa, furioso al ver que ella trataba de huir. Rugí con toda la potencia de mis pulmones y me abalancé sobre ella. Sus penetrantes alaridos me indujeron a devorar primero su cara. Sacié hasta el hartazgo mi sed de sangre y mi anhelo de carne, disfruté empapar mi hocico en la sangre de mi presa. ¡Qué gozo sentí al desgarrar su piel y morder su carne tierna! No sé si fue por el frenesí que me embriagaba o si fue por

exhibirme ante quienes me ovacionaban, pero me tomé un momento para aspirar la apetitosa fragancia de la victoria, justo antes de despedazar el primer muslo de mi comida.

De pronto, un rumor de asombro se extendió por las gradas del coliseo. Los espectadores, que se habían mantenido sentados mientras yo cazaba y devoraba mi presa, se pusieron de pie. Instintivamente, giré en redondo, y vi en el centro de la arena a un hombre alto y grueso, que exhalaba un olor todavía más delirante que el de la mujer. Llevaba encima unas piezas grises y marrones que le cubrían la cabeza, los hombros y parte del pecho. Sostenía en una mano un objeto largo, delgado y brillante. Aunque yo no podía verle la cara a este sujeto, sí fui capaz de percibir, por encima de la algarabía, su respiración tranquila. Eso me gustó; las presas que mueren con miedo, amargan la carne. Mientras lo examinaba con detenimiento, el hombre alzó al cielo el objeto refulgente y vociferó algo, parecía invitarme a ir a su encuentro.

La brisa trajo de nuevo su aroma distinto y exquisito. Me aproximé caminando despacio y fui apretando la carrera. El hombre separó sus piernas y sujetó el objeto largo con ambas manos. La multitud parecía enloquecer. Cuando estuve lo suficientemente cerca, rugí de pura emoción y salté en dirección a su cabeza, con la intención de quitarle

la cosa gris que la cubría. Fue en ese instante que el objeto largo y delgado atravesó mi pecho.
Aquel dolor terrible, como si mi cuerpo se hubiese abierto en dos hasta las entrañas, me devolvió la conciencia de mi humanidad. Nunca supe si mi expresión de aflicción fue un rugido de león o un aullido de hombre, pero lo cierto es que instantes después yacía boca abajo, llorando, babeándome y con el pantalón mojado, en el suelo del consultorio del doctor Gautama.
El doctor me prodigó, aunque con mucha sencillez, toda la atención y el cuidado que necesitaba. Una bebida energizante y una ducha bastaron para reponerme físicamente. Mi anfitrión me regaló un mono que siempre reservaba en su baño para casos de emergencia, y así me libré de mi vergüenza. No obstante, se me hacía imposible comprender que yo, el ser humano, el joven de diecinueve años, no había sido atravesado por una espada ni estaba muerto. El doctor Gautama procuró convencerme del éxito espectacular del procedimiento. Pensé que aquello había excedido los límites de lo razonable e, incapaz de decir nada, corrí fuera del estudio lo más rápido que pude.
Sin embargo, regresé a las dos semanas, pero esta vez Gautama me sorprendió con una noticia:
—Después de haberlo analizado detenidamente, mi conclusión es definitiva: tú eres la reencarnación del emperador Carlomagno.

Al escuchar esa afirmación, sofoqué una carcajada, pero la seriedad en el rostro de mi interlocutor era tal, que no supe qué decir. Hubo un silencio largo. Al fin, hablé:

—¿Está seguro, doctor?

—Completamente —respondió— En tu primera vida, siendo sacerdote, estuviste siempre en un templo construido por un rey; en la segunda, fuiste un león, que siempre ha sido el símbolo del rey; por último, eres la única persona que ha estado en mi consultorio fijándose en la pintura, que representa, precisamente, a un rey. Es evidente, pues —concluyó—, que la meta de tu alma es la realeza. Fuiste evolucionando a lo largo de los siglos, hasta alcanzar la máxima jerarquía del ámbito terrenal: ser emperador.

—En ese caso —repliqué— ¿Cómo se explica que haya vuelto a ser una persona común?

—Porque todos atravesamos ciclos —repuso, con un tono paternal que me irritó bastante—. Al no poder ascender, solo se puede descender. Es como regresar al principio, empezar de nuevo…

—¿Y si no quiero empezar de nuevo? ¿Y si quiero abandonar esta vida insípida y volver a ser Carlomagno?

El doctor Gautama era demasiado inteligente como para fingir que no comprendía mi propuesta. Hubo otro silencio, esta vez breve, y el

doctor miró fijamente el retrato. Yo también lo hice, concentrándome de nuevo en el rostro de la figura. Por tercera vez, una ola de calor recorrió mi cuerpo, pero ahora con una intensidad insólita. Interpreté el hecho como una señal aprobatoria del destino.

—Hágalo —le ordené por fin al doctor, con una voz que no parecía la mía—. Devuélvame a mi antigua vida de emperador y déjeme allí.

—Es tu decisión —dijo él, con un hilillo de voz.

Por tercera y última vez me tumbé en el diván que ya sentía como parte de mí mismo. Afuera, la luna y las estrellas habían desertado del cielo nocturno, mas el consultorio yacía iluminado con una luz blanca digna de un quirófano. Esperaba que, en esta ocasión, en la que la regresión sería irreversible, Gautama ejecutara algún rito o ceremonia de estilo oriental, algo que incluyese inciensos, velas y la recitación de algún mantra, pero la realidad fue mucho más pobre que mi imaginación: el doctor me ofreció una pastillita amarilla con medio vaso de agua. Aunque esta vez sí hubo, por otra parte, una diferencia trascendental: el retrato fue ubicado justo a la altura de mi cuerpo tendido, en la pared. Una vez hube ingerido la pastilla, de nuevo me relajé, me concentré en el rumor de la fuente en la terraza y dejé caer mis párpados.

—No —dijo firmemente el doctor—, esta vez tendrás los ojos abiertos.
—De acuerdo —repuse, obedeciendo.
—¿Comprendes que no habrá vuelta atrás?
—Esa es la idea, doctor.
—¿Y qué quieres que haga con tu cuerpo? No me arriesgaré a hacer público tu caso. Tengo una reputación que cuidar.
—Haga lo que quiera —le dije, obviando el ridículo comentario sobre su reputación—. Solo asegúrese de enviarme a donde quiero.
—Muy bien, hijo —dijo, estrechando mi mano y mirándome directamente a los ojos—. Ha sido un verdadero gusto trabajar contigo.
Quise responder, pero creo que ya los efectos de la pastilla comenzaban a manifestarse, pues la lengua se me pegó al paladar y un escalofrío desagradable se apoderó de mí.
Mi corazón comenzó a latir con violencia. Fijé mis ojos en la pintura, en toda ella, y procuré no pensar en nada. Poco a poco, el escalofrío se intensificó y empecé a quedarme sin aliento. Entonces perdí el dominio de mí mismo y mi cabeza se ladeó un poco hacia mi izquierda. En seguida, Gautama la sujetó entre sus manos, de modo que volví a mirar la pintura, cuya figura había empezado a modificarse, débil, pero perceptiblemente: la piel del rostro adquirió un matiz más vivo y mayor carácter; los

ojos, que siempre habían mirado hacia la izquierda del espectador, lentamente se empezaron a mover hacia la derecha, hasta que miraron directo a los míos; incluso, creí ver el esbozo de una sonrisa siniestra bajo la poblada barba.

Entonces ocurrió: preso en un organismo gélido, ya sin poder respirar y con el corazón a punto de estallar, sentí cómo de pronto abandonaba mi cuerpo por mi propia boca; salí de mí mismo estirándome en una suerte de chicle monstruoso y transparente, como una inefable masa elástica que se proyectó desde mi boca hasta la pintura. Por un momento, fui un puente entre el cuerpo y el retrato, fui las tres cosas a un tiempo en un vértigo indescriptible, hasta que terminé por situarme en el cuadro, mirando mi antiguo cuerpo inerte del otro lado, sobre el diván, con el doctor Gautama que intentaba reanimarlo.

Tuve la sensación de ser una completa entelequia excepto en los ojos, mis inquietos ojos que no dejaban de mirar en todas direcciones, buscando una explicación de lo sucedido.

El doctor Gautama tomó asiento unos minutos junto al cadáver, como meditando, pero con una evidente expresión de satisfacción en el rostro. De pronto se levantó y caminó hacia la pintura con la clara intención de devolverla a su ubicación anterior, pero cuando su mirada distraída se

topó con la mía, quedó petrificado. De inmediato, una expresión de horror se dibujó en su rostro.

—¡No puede ser, no puede ser! —exclamaba, sujetándose la cabeza entre las manos—. ¡Dios mío, no puede ser!

Poco me resta por añadir a esta historia. Me bastará decir que cuando Gautama se recuperó de su conmoción, descuartizó mi cadáver, lo echó dentro de una bolsa negra que cerró con un gran nudo y la arrastró fuera del consultorio. Luego, apagó la luz y cerró la puerta. Jamás regresó.

Atrapado como he estado desde entonces en mi actual estado de pintura, no tengo la menor noción del paso de las horas y de los días. Solo sé que todo lo que he relatado ocurrió hace mucho tiempo, pues el polvo, las telarañas y las hormigas lo han invadido todo, como si el recinto fuese un rincón aislado del resto del mundo.

En esta inmovilidad atroz he extrañado mi naturaleza humana; extraño correr y reír y llorar; extraño sentir el suave tacto de un beso; extraño el aroma del café y ver el amanecer; extraño el padecimiento de ser hombre. Inicialmente, mi única esperanza de salvación era que alguien me destruyera, pero ya que nadie ha vuelto, deposito toda mi fe en el tiempo, en el piadoso tiempo que podrá aniquilarme para siempre.

Una debilidad general en toda mi extensión me hace pensar que ya he empezado a descolorarme.

Contenido

Prólogo **5**
¡Se venden males a bajo costo! **9**
Un cuentista maldito **23**
Fama suicida **35**
Mi obra maestra **61**
Autobiografía literaria de un genio **71**
Apéndices **99**
Una simple historia: El narrador del tren **101**
Un (intento de) homenaje a Edgar Allan Poe: El retrato de Carlomagno **117**

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 11 días del mes de junio de 2024, el mismo día de 1940 en que se naciera el periodista, político, escritor (ensayista, biógrafo, novelista, historiógrafo) y productor de televisión, Vinicio Romero Martínez.